

## Acerca de la edición sin editores y del capitalismo sin capitalistas

Mueren en la guillotina y no saben por qué. Solo por esa ignorancia, merecerían morir.  
Saint-Just

**E**stamos ya en el siglo XXI y todavía hay gentes que creen en Dios y editores que creen que los libros no son una mercancía. Veamos por qué.

Las relaciones entre el mundo de la edición —y más en concreto de la edición cultural o literaria— y el mercado llevan años, siglos, originando tensiones y polémicas. En Roma, Marcial se quejaba de que sus textos eran editados por desaprensivos que hacían copias apresuradas y distorsionadas llevados por su afán de lograr fáciles beneficios y ya el ilustrado Saftesbury, testigo de la expansión de la imprenta, lamentaba que fuera «el librero el que hace al escritor». Mas recientemente estas tensiones se han vuelto a poner sobre el tapete informativo en un contexto económico y social determinada por la expansión de las multinacionales de la edición, dentro del fenómeno general de la llamada globalización, y con una propuesta de alternativa: la tarea de las llamadas editoriales independientes como emblema cultural, social y político (y comercial) del enfrentamiento con la lógica del «capitalismo acultural» representado por esas multinacionales. Esta alternativa encontró su referente en la obra de André Schiffrin, *La edición sin editores*, cuyas líneas generales han sido recogidas y respaldadas, entre otros, por el fallecido Pierre Bourdieu, que en su conferencia en el Foro Internacional sobre Literatura, celebrado en septiembre de 2000, proclamaba que: «Extrañamente, los productores más 'puros', los más gratuitos, los más 'formales', se encuentran situados hoy, a menudo sin saberlo, en la vanguardia de la lucha por la defensa de los valores más altos de la humanidad. Defendiendo su singularidad, defienden los valores más universales». Singular alternativa que les lleva a denunciar la edición sin editores y a reclamar paradójicamente un capitalismo sin capitalistas. Como si fuera posible vender la carne sin derramar la sangre.

Esta intervención que fue redactada en el contexto del mundo cultural español, pretende, por una parte, cuestionar el ingenuo voluntarismo narcisista (bajo el que acaso se esconda una maliciosa estrategia comercial) de una alternativa que cree posible resistirse o enfrentarse a la lógica del mercado capitalista sin cuestionar sus raíces — la propiedad privada de los medios de producción— y, por otra, apuntar brevemente el horizonte esperable para la edición cultural o literaria en el marco de las sociedades capitalistas si esa lógica, es decir, esas raíces, no se alteran radicalmente.

Constantino Bértolo  
España

### Capitalismo bueno, capitalismo malo

Editar consiste sustancialmente en hacer públicos determinados textos privados. En cuanto quehacer se relaciona con lo material, en cuanto hacer públicos con el poder, en cuantos textos privados con la propiedad y en cuanto a determinados con la selección o el criterio. Como cualquier acto de comunicación, la edición requiere materiales y estos materiales y su utilización requieren capital. En última y primera instancia pues, quien edita es el capital; capital privado o público, grande o pequeño, personal o accionario, pero capital; capital para llevar a cabo la selección; capital para comprar los derechos de reproducción; capital para imprimir y capital para distribuir, difundir los productos editoriales en el mercado.

Si dejamos aparte el capital público que garantiza fundamentalmente su supervivencia por vía fiscal, el capital privado, sobre el que se asienta mayoritariamente la edición en España, basa su supervivencia y su reproducción en los beneficios.

La tesis de la alternativa independiente se acoge a un hecho de la voluntad (de la buena voluntad): el capital independiente no necesita una tasa de beneficios tan alta como la que exige el capital multinacional. No hay que ser marxista para sorprenderse de tan bondadosa lectura: la tasa de beneficios necesaria para que cualquier capital se reproduzca no es una cuestión de voluntad, pues está directamente relacionada con la tasa de beneficios media del capital (y en estos momentos ya se puede hablar del capital mundial) y en última instancia del precio del dinero (parámetro que la globalización tiende inexorablemente a igualar). Un capitalista puede renunciar a alcanzar una determinada tasa de beneficios, pero su capital no, pues, a medio o largo plazo, tal renuncia pondría en peligro su propia condición de capitalista.

Por supuesto que puede haber —y los hay— capitalistas que asuman ese destino y puede y hay capitalistas (pocos) de esta clase —mecenaz diríamos— que están dispuestos a desinvertir su capital en la actividad editorial por los motivos que sean. Pero aun estos y aquellos —los que generosamente renuncian a una determinada tasa de beneficios— necesitan a su vez de otros capitales y capitalistas que normalmente no se rigen por criterios altruistas: capital para distribuir (empresas de distribución), capital para vender (librerías, puntos de venta) y capital para producir textos privados, pues los llamados creadores invierten capital en ese trabajo (aun cuando muchos de ellos renunciarían seguramente a ser remunerados a cambio de ser editados).

Ilustración: Nelson Ponce

continúa en la página 10

PÁGINA  
02

Entrevista con  
Andrés Sorel

PÁGINA  
03

A los amantes  
Revolucionarios  
Alice Walker

PÁGINA  
04

PLANES sin  
SUEÑOS  
Belén Gopegui

PÁGINA  
15

Un personaje  
llamado Brecht  
Jaime Sarusky



Foto: Alejandro Ramírez

**E**l encuentro «El intelectual y el mercado de las ideas», que tuvo lugar durante la XIII Feria Internacional del Libro de La Habana, reunió en su panel a destacadas figuras de la izquierda intelectual de todo el mundo. Escritores y ensayistas como el norteamericano James Petras, el venezolano Luis Britto García, el alemán radicado en México, Heinz Dieterich, y los españoles Carlo Fabretti y Andrés Sorel, quienes reflexionaron sobre el papel del intelectual en nuestros días y su relación con la tiranía impuesta por el mercado.

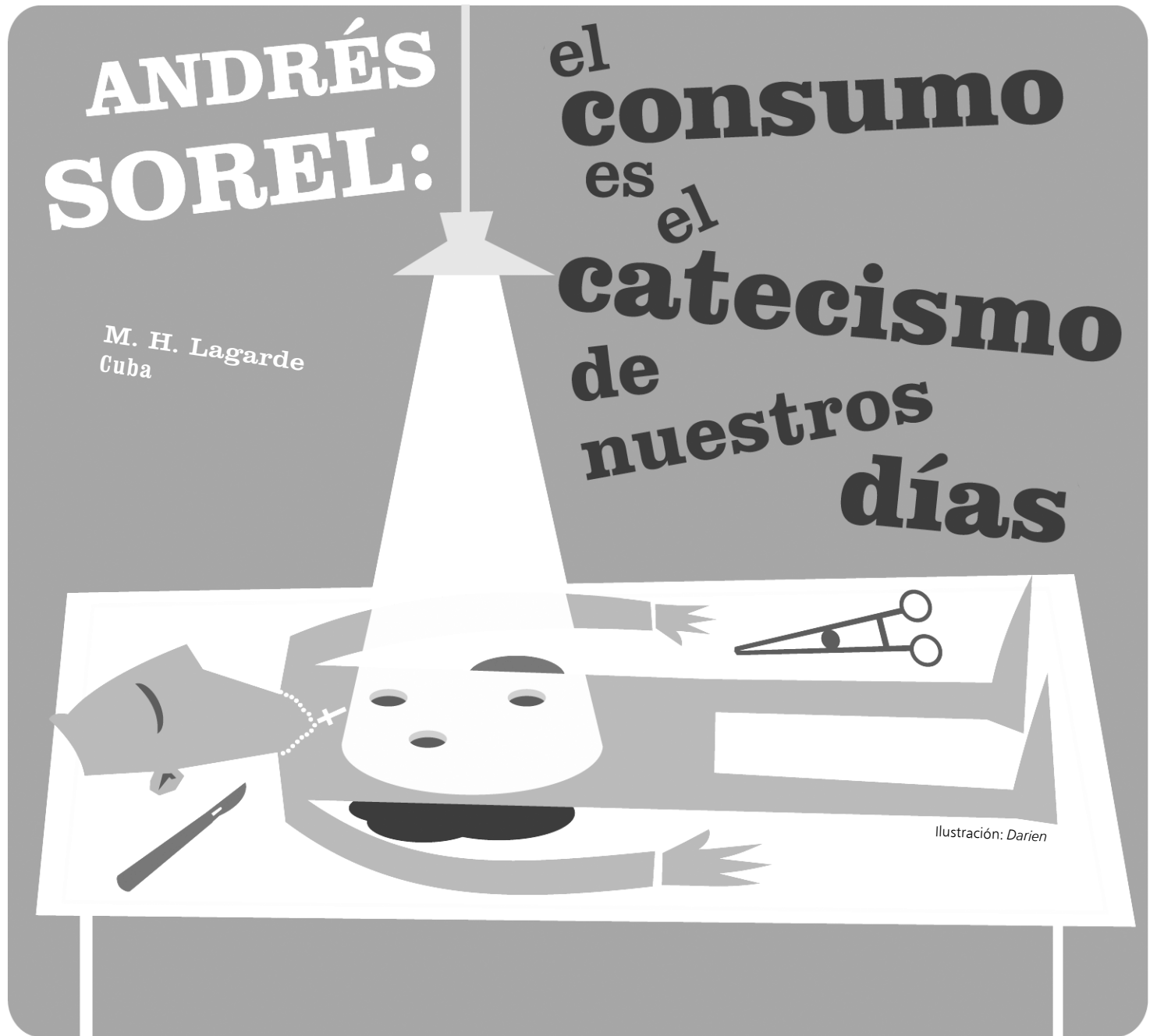
Entre los participantes, quienes cautivaron con sus intervenciones al público presente, *La Jiribilla* escogió al presidente de la Asociación de Escritores de España, Andrés Sorel, para prolongar en estas páginas un debate que quedó interrumpido por el tiempo.

Para quienes no lo conocen, Sorel es autor de más de cuarenta títulos, es además un hombre comprometido y luchador que se define a sí mismo, primero como un pensador y después como un intelectual. Es un escritor en cuya obra literaria antepone siempre los valores estéticos. Al mismo tiempo, en su *alter ego* de pensador, no se mide para confesar su admiración sobre hombres como el Che Guevara y Carlos Marx. Su última novela, en proceso de edición, tiene como protagonista al poeta español Luis Cernuda. Uno de sus capítulos transcurre en Cuba.

*En la mesa redonda «El intelectual y el mercado de las ideas», usted distinguió al intelectual del pensador. ¿Podría abundar sobre esa dicotomía?*

Se confunden ambos términos. Una cosa es el intelectual creador que puede ser un extraordinario escritor, músico, pintor y, sin embargo, no estar interesado para nada por los problemas de su tiempo, lo cual no significa que nosotros no debamos tenerle en cuenta. En estos momentos, en la crisis que vive el mundo en el siglo XXI, pues estoy seguro que hay compañeros que están escribiendo grandes libros de poesía, novelas, haciendo obras gráficas, películas, componiendo música, etc. y que, sin embargo, les pasa como a James Joyce o Samuel Beckett. Se puede estar cayendo el mundo y solo estar preocupados por cómo expresar con su lenguaje el tema de la caída de una hoja bajo el árbol que se cobija. Eso debemos separarlo. Ha sido un error, tanto del capitalismo como del comunismo, el pensar que lo más importante era tener a su lado a intelectuales muy prestigiosos, fueran premios nacionales, premios Nobel, grandes creadores, pero que estaban carentes de ideas. Les justificaban, les daban brillo, pero no aportaban nada al debate de las ideas y así ha acabado gran parte del mundo en el siglo XX, con un derrumbe absoluto y vemos cómo los que eran los eternos comunistas son ahora los mayores reaccionarios, los más corruptos desde el punto de vista ideológico.

En cambio, distingo mucho más al pensador. Un pensador sí es el que se preocupa con el que para mí es el gran problema y cáncer de nuestro



tiempo, que es la destrucción del pensamiento. Creo que al mundo capitalista e imperialista lo único que le interesa es, aparte de conquistar los mercados, conquistar las conciencias. Es decir, destruir los focos de análisis críticos de libertad y diferencias que existan entre las distintas culturas y los distintos seres humanos. Quieren que el ser humano sea uno. Yo de hecho viajo por todo el mundo y lo compruebo. Da igual que vaya a un hotel de Nueva York o a uno de Cuba como en el que estoy, que vaya a uno de Amsterdam, de Sudáfrica. Veo que en la televisión existen los mismos programas, el dominio de la CNN, del inglés, de lo que a veces definimos como telebasura, pero no es tal telebasura. Es algo muy bien planificado para incidir en el pensamiento, uniformar, que todos acepten la misma cultura, que nadie preserve su identidad propia, sus diferencias críticas, para que todos acaben coincidiendo con que el mejor de los mundos posibles es el que se les ofrece: el del escaparate del imperio.

Ese imperio que es el que decreta —y también en esto hay una confusión— guerras de exterminio sobre determinados pueblos. ¿Qué eran los cruzados cristianos? Los que buscaban los caminos de las especias, de los que intentaban apoderarse de las riquezas del otro mundo. ¿Qué son hoy en día las cruzadas del imperialismo norteamericano? No es un problema de guerra de religiones. Es un problema de conquista del petróleo y del dominio geoestratégico de una determinada región, aunque para llegar a la gente tienen que plantearlo como una cruzada del bien contra el mal.

*¿Y Andrés Sorel cómo se definiría a sí mismo, como un intelectual o como un pensador?*

Participo de ambas cosas, soy un pensador en cuanto a que desde niño y por haber vivido en el franquismo, al mirarme en el espejo no me veía a mí mismo, sino veía a lo que me rodeaba. Lo que me rodeaba era un mundo de silencio, un mundo de miedo, de hambre, de dictadura, de un poder omnímodo, brutal y bestial. Y yo decía, yo soy el niño que está estudiando o la persona que está leyendo libros maravillosos que está viajando con su imaginación a todo el mundo, pero que está viendo la realidad, terrible, brutal y miserable que le circunda y que quiere incidir en esa realidad para, aunque sea utópica y soñadoramente, transformarla o ayudar a que salgan tantos millones de personas de la situación de esclavitud. Porque no deja de ser una esclavitud, mejor o peor pagada, según los países donde uno vive. Un ingeniero puede ser un esclavo porque como ser humano no es nada aunque tenga casas de lujo y viva en la opulencia. Esa faceta de pensador creo que ha sido primordial en mí. ¿Qué ocurría? Para mí la literatura era la forma de viajar a los territorios no solamente desconocidos, sino que me prohibían, y la literatura enganchaba. La literatura para mí era la pasión de vivir. De hecho creo que en mi vida no he tenido otro oficio que escribir. Escribir, y las cosas colaterales que conlleva escribir: escribir no solo novelas o libros de ensayos, sino también en los medios de comunicación, participar en conferencias, recorrer un poco el mundo en ese sentido. Pero separo mucho a la hora de escribir el pensar, porque aunque sea un escritor comprometido, no creo que un libro pueda hacer una revolución ni cambiar el mundo. En eso discrepo de algunos de los compañeros con los que estoy aquí. Uno aspira a hacer el libro con un lenguaje lo más rico posible, lo más evolucionado, y el pueblo que no ha tenido una educación, no tiene el conocimiento

para entender ese tipo de obra. Es decir, yo no puedo escribir para los trabajadores porque mi lenguaje es distinto. Puedo hablar y ponerme en lucha con ellos para otras cosas, pero como escritor hago esa distinción.

Aquello que decía mi amigo y bien intencionado Gabriel Celaya, de que la poesía es un arma de combate, era mentira. La poesía ni es un arma de combate ni cambia el futuro. El futuro desgraciadamente nos lo están hipotecando los que controlan los medios de comunicación. En España yo puedo dar una conferencia donde haya 200 personas escuchando, pero yo no me engaño. Fuera de esa aula hay dos millones que están viendo un lenguaje absolutamente basura, con un lenguaje escatológico absolutamente terrible y con una alienación bestial. A mí me patearían y dirían: es un loco que está diciendo cosas que no tienen nada que ver con la realidad, porque la realidad de ellos es la de un estadio de fútbol, de béisbol, la de un cantante o la de los concursos con los que sueñan que van a ganar dinero. ¿Cuál es esa realidad? Cuando en España o en todo el mundo se anuncia un automóvil, lo de menos es el automóvil, lo demás es la hermosísima mujer que le ponen junto al producto. Subliminalmente eso está provocando unos factores absolutamente machistas, a la mujer están haciéndole un flaco favor y están violentando la asunción del producto que vende. Da igual cuál sea el producto que vende.

¿Cuáles son hoy las catedrales del pueblo? No son las iglesias, son los grandes almacenes. Ahí es a donde va la gente diariamente, aunque no compre, a ver qué es lo que hay, y por esas catedrales pasan cada día miles y miles de personas. El consumo es el catecismo de nuestros días.

*Sin duda, ser un pensador tiene un precio. En tiempos de Franco le prohibieron siete libros y en la España actual intelectuales como Sastre, o como usted, no son del todo aceptados...*

Somos excusa de la democracia. ¿Qué es la democracia? La democracia es un sistema político en el que se pacta el reparto de poder entre los partidos de gobierno y lo que se llama alternancia que es la oposición, el socialismo, que en el fondo harían exactamente lo mismo que los partidos en el poder, cambian formas y métodos. El caso de Aznar ha sido un poco atípico porque es un heredero directo de Franco y es más franquista que Franco. Entonces estás llevando hasta sus últimos extremos esta situación. Pero la democracia lo que justifica es que otros dos compañeros de izquierda y yo podamos escribir una columna en un periódico absolutamente reaccionario de ultraderecha cada semana. Si el periódico se llama *La razón*, dicen, las otras razones. Si el 95% del periódico habla de la guerra de Iraq o sobre Cuba, dicen —pero ojo aquí— les ofrecemos a los que tienen otra cosa que decir solo una columna donde contradicen toda su línea editorial. El tonto sería yo si me engañara y dijera, lo que estoy consiguiendo porque el 95% de los lectores de ese periódico es absolutamente reaccionario y solamente un 5% es el que puede leerme y decir: no nos engañemos.

*Ya que habló de Aznar, ¿qué opinión le merece su reciente intervención ante el Congreso norteamericano donde alentó la política agresiva contra Cuba?*

El problema no es solo Aznar. Él, que es un neofascista absoluto, desde el punto de vista geopolítico y estratégico de EE.UU. no obtiene nada. No tiene contactos privilegiados en Iraq para que las empresas españolas puedan salir favorecidas en la explotación del petróleo o en la reconstrucción de industria. No recibe ni un trato preferencial militar porque hasta las tropas que envía tienen que ponerse bajo el mando militar de EE.UU. Y uno se pregunta por qué este criado acepta ser un lacayo de Bush si no obtiene nada. Aznar obtiene la referencia en España porque en este momento el partido en el poder, que seguramente volverá a ganar las elecciones, solamente tiene dos temas. Uno: la unidad nacional, y el otro, el terrorismo. El terrorismo es el arma que ellos utilizan en España donde cada mes o cada tres meses hay un grupúsculo de ETA que mata a un ciudadano. Cada día mueren por accidentes decenas de ciudadanos y no hablo de los diez mil muertos que van en los últimos años de emigrantes

que intentan cruzar el estrecho para venir al paraíso prometido. Desde ese punto de vista, el terrorismo sería insignificante si no fuera un arma política muy bien utilizada por Aznar para desatar las más rancias esencias del pueblo español, que se siente imperialista, centralista y dice que hay que combatir el terrorismo porque esto atenta contra la unidad de España. Él no es tonto, utiliza esto como batalla política, como también utiliza decir que hay que acabar con Cuba, porque para ello eso es un ejemplo diferenciador de lo que puede ser otro tipo de sociedad. Además, consigue que los llamados intelectuales y los científicos y los pensadores digan: efectivamente el terrorismo existe y aunque no tengamos el lenguaje de Aznar, hay que defenderse.

*Pero en el caso concreto de Cuba...*

Es uno de los precios que paga Aznar por aceptar formar parte de la trilateral del crimen organizado que constituyen EE.UU., Gran Bretaña y España. Hoy en España, cuando hay intervenciones críticas contra la guerra de Iraq, se ha conseguido que se mezcle contra la situación que se vive en Cuba. Y lo

mismo da que sean cineastas, escritores e intelectuales, les han convencido y les han metido en el mismo saco. Dentro de esas cuotas de libertad y democracia dicen: les dejamos decir esto, pero tienen que estar contra esto otro. ¿Por qué? Porque es un precio que se paga y supongo que porque están pensando, y ahí hasta se equivocan desde un punto económico y geoestratégico, que con una Cuba capitalista las empresas españolas tendrían mayores beneficios, lo cual, desde mi punto de vista es absolutamente falso. Al revés. Y en eso sí hay una reacción de algunos empresarios y medios económicos españoles que dicen: Cuidado, porque nuestro próximo enemigo será EE.UU. Pero fíjate que es el mismo error de cuando el acorazado del Maine, que acabó dejando a los españoles en una de las mayores derrotas que han sufrido en los dos últimos siglos. ▀

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n144\\_02/144\\_93.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n144_02/144_93.html)



Foto: Alejandro Ramírez

**P**ara mí ha significado mucho que los cubanos entiendan lo que hago. A veces en mi país me critican personas que no se molestan en leerme, especialmente después de haber escrito *El color púrpura* y sufrir tantos años de severas críticas y hostilidad. En algunos momentos me llevaron a sentir que verdaderamente corría peligro.

Fue maravilloso venir a Cuba y descubrir que aquí realmente habían comprendido lo que había escrito y que no pocos amaban a mis personajes y, lo que es todavía más importante: los cubanos se reconocían en ellos y reconocían a sus antepasados.

El libro *Meridiana* es muy especial para mí porque traza un período en nuestra lucha en los EE.UU., dentro del movimiento de los derechos civiles, en un momento en que varios de nuestros líderes fueron asesinados y en el que muchas personas, de las que ustedes nunca han oído hablar, también fueron asesinadas. Los golpearon, se

abusó de ellos y les negaron sus derechos. Lo escribí en un momento en que viví en Mississippi y estaba casada con un blanco. Esto era ilegal en este estado; existían leyes que muchas personas de color y algunas blancas trabajaron para cambiar con gran costo para nuestros cuerpos, para nuestra relación amorosa y para nuestras familias.

Quería escribir una novela que viera a los revolucionarios y a las personas que cambian a la sociedad desde adentro, porque existe la posibilidad de que los revolucionarios, los que luchan, se conviertan en algo así como personajes de muñequitos. Se les ve en una forma muy unidimensional; en cierto sentido la sociedad necesita que sean unidimensionales, porque necesitamos que nos guíen. Pero quería ver la causa de que ocupen una posición de liderazgo, y quería ver lo que había detrás de estas personas, que generalmente el pueblo nada más las ve por televisión. A Martin Luther King *junior*, por ejemplo, siempre se le vio como necesitábamos verlo, en una forma muy unidimensional, pero lo que ocurría en su vida —su sufrimiento privado, la lucha por mantener unida a su familia, por tener tiempo para pasar con sus hijos y el hecho de que sufría tensiones muy grandes del FBI— solo lo supimos mucho después. Lo uso solo como ejemplo porque es una persona que todo el mundo conoce. Tenemos otros que no fueron tan bien conocidos, pero que sufrieron para tratar de ser líderes de movimientos revolucionarios, y al mismo tiempo ser humanos, con familias.

De ese modo, la novela idealiza a las personas que se convierten en íconos, en imágenes y les pide a los lectores que respeten lo que se da, lo que se toma y lo que el público no ve. En nuestro momento, como se trataba de una lucha no violenta, tuvimos mucho cuidado de tomar el cariño como meta. Esto quiere decir que aunque nosotros habíamos sufrido muchas generaciones de represión blanca, se nos pidió que amáramos a los blancos.

En ocasiones, lo que ocurría era que las personas sentían atracción mutuamente a través de fronteras raciales, se amaban y al mismo tiempo sentían la carga de la historia del racismo. Por eso, con frecuencia, surgen en la sociedad dos personas, un negro y una blanca o un blanco y una negra, que se encontraban tratando de resolver toda la locura histórica que había creado el racismo en una sociedad que ni siquiera tenía la ilustración suficiente para ver esta historia. Hubo tanto sufrimiento —un nuevo tipo de sufrimiento— porque las uniones entre estas personas eran visibles y la sociedad no estaba preparada para comprenderla realmente, solo las veía como figuras superficiales; por tanto, al escribir *Meridiana* quise rendir homenaje a todos los amantes revolucionarios radicales que sufrieron tanto, y a su esfuerzo, tal vez por hacer más de lo que podían.

En otro nivel quería mostrar que cuando uno está comprometido con el cambio no es solamente una moda, el compromiso continúa y esto es lo que *Meridiana* simboliza, aunque esto entra en conflicto con personas que pensaron que el periodismo era como un peinado nuevo. Así que tienen que aprender —a veces aprenden, a veces no— que no se trata de una moda.

Mientras escribía la obra pensé mucho en Cuba, porque ya habíamos perdido al Che Guevara, y quería mostrar todas esas cosas, el sentimiento de perder a tantas personas que todos amamos, el sentimiento de que cuando se asesina a alguien esto tal vez significa que debemos detenernos. ▀

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n145\\_02/145\\_23.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n145_02/145_23.html)

# A los amantes revolucionarios

Alice Walker  
EE.UU.



Ilustración: Ismany



Por qué escribir novelas hoy? Sé que con mi última novela, *Lo Real*, intenté dar una respuesta a esta pregunta, como cualquier poema debe estar dando siempre una respuesta a la pregunta sobre por qué escribir poesía. Voy a contar la respuesta que quiere dar el libro y también lo que pienso ahora.

La escritura se está haciendo, la escritura no está hecha y en la escritura de mi tercera novela, *La conquista del aire*, se empezó a hacer *Lo Real*. Trataba de contar aquella novela, a través de la historia de un préstamo de dinero entre tres personajes, que así como la pequeña tienda de la esquina no puede elegir libremente la tasa de beneficio que sacará de vender un paquete de galletas, pues esa tasa se fija socialmente, así tampoco los personajes pueden elegir el valor que otorgarán a una casa, a un viaje o a un sueldo. Cuando en la *Conquista del aire* uno de los personajes, Carlos, despide a un trabajador, Esteban, ese despido no es una consecuencia inevitable, no querida, de una serie de elecciones, como tampoco, salvando las enormes distancias, la muerte de los hijos de Madre Coraje en la obra de Brecht, es una consecuencia evitable, no querida, de la guerra. La guerra produce la muerte de los hijos de la cantinera, y el ascenso social de los personajes de la *Conquista del aire* produce el despido de Esteban.

Aquella novela intentaba mostrar las estructuras inadvertidas por las cuales el ascenso de Marta, de Santiago, de Carlos, no era fruto de su carácter individual. ¿Querían con ello decir que los personajes no eran responsables de sus acciones? No. Querían decir que los personajes no eran, no tenían acceso al enunciado «ser uno mismo» y, más humildemente, añadir: los personajes son responsables, pero ante quién, ¿quién va a pedirles cuenta de lo que hicieron, quiénes tendrán la fuerza y el valor para pedirles cuenta?

Me preguntaba allí cuánto vale el significado de algunas palabras. No cuánto estamos dispuestos a pagar, sino a cuántos se vende. Y acababa averiguando cómo ningún pequeño burgués dispone del capital necesario para poder apropiarse del significado de las palabras lealtad, amistad y conciencia. Son otros los que van diciendo el sentido que el burgués podrá darles. De manera que o bien el pequeño burgués renuncia a una parte sustancial de su vocabulario, lealtad pero también amor, justicia, ideales, o bien deja de preciarse de llamar al pan, pan y al vino, vino, y aunque dice amor, dice en realidad amor a quienes puedan compensar sus tensiones sociales. Dice tener conciencia, sí, pero solo de aquello que le permita vivir sin odiarse; decir amistad, pero siempre que el amigo no se convierta en rémora ni testigo de un triunfo nunca merecido, pues triunfo no es tampoco una palabra a cuyo significado tenga derecho el pequeño burgués: no tiene derecho, solo tiene la posibilidad de comprarlo a costa de su vida.

Después de esa historia, el único paso posible era dejar de hablar de nosotros o de nosotros, de nosotros los miembros de la pequeña burguesía. Por eso, en *Lo Real* ya no he dicho somos, sino que he dicho somos llamados. Y es que aquellos a quienes les ha sido arrebatado o quizás nunca en verdad dispusieron del uso de algunas palabras, ¿cómo habrían de poseer el uso de su nombre? No podemos llamarnos, nombrarnos, a nosotros mismos, no tenemos palabras con qué definirnos, ni libertad, amistad o conciencia, entonces solo podemos hacer un llamamiento, una convocatoria. La historia de mi novela *Lo Real* es la historia de un llamamiento, una convocatoria, de lucha contra la autoridad. ¿Contra qué autoridad? La

autoridad que he querido poner en cuestión en *Lo Real* es la autoridad de los relatos dominantes.

Tal vez conozcan ustedes el cuento de «La pastora de ocas», recogido por los hermanos Grimm. En él hay una princesa prometida a un príncipe que vive muy lejos. El padre de la princesa prometida ha muerto y su madre, cuando se acerca el día de la boda, prepara la dote de su hija con muchas cosas valiosas: muebles elegantes, vasijas de oro. Y le proporciona también una sirvienta que se compromete a llevarla sana y salva hasta su novio, el príncipe. Además, le da un caballo que habla y un pañuelo encantado que la protegerá.

Después de largas horas de viaje, la princesa se detiene en un arroyo y le pide a la sirvienta que se apeee del caballo y le traiga agua. Pero la

cuento sobre la mentira, un cuento para enseñar a los niños que no hay que mentir. No necesito añadir que en ninguna de esas recopilaciones se dice que el cuento sirva para aumentar el control de los señores ni para persuadir por el miedo a los criados, persuadirlos de que no deben querer ser otra cosa. Con *Lo Real* he querido escribir una novela en donde las palabras de la sirvienta: «yo no elegí servirte, no seré tu esclava», recibiesen por fin alguna recompensa.

Lo diré de otro modo. Desde mi punto de vista, el personaje de *Lo Real*, Edmundo Gómez del Risco, quiere disputar la hegemonía de uno de los relatos fundadores de la sociedad capitalista, el relato de la ambición. Este relato construye

todos, sino en que haya medios de producción para todos, y si no los hay, diría Edmundo, entonces rompamos la baraja. En efecto, Edmundo no consigue su medio de proyección por méritos, lo consigue porque no acepta las reglas del juego. Pero ni siquiera entonces es libre: sigue siendo obligado a explotar a otros.

Dice la narradora del texto casi al final: «En el impulso de las revoluciones van parejos el sofá, el deseo de tumbarse, del mundo confortable, parejos el sofá y lo desconocido». No hay un mundo que empiece desde cero y en cualquier lucha política que emprendamos existirá la muerte, existirá el azar y los viejos abrigos con los forros gastados y los antiguos edificios. Algo así he querido contar también en *Lo Real*. Sobre los cuentos de hadas, Bruno Bettelheim escribió que «sugieren al niño imágenes mediante las cuales estructurar sus ensoñaciones y dar con ellas una mejor dirección a su vida». Sabiendo que el hombre no es un niño y que no existe el niño ni el hombre ni la mujer en tanto concepto universal. Sabiendo también que ninguna vida está separada de las otras y que ningún proyecto de dar una mejor dirección a una vida puede estar separado del combate social, sabiendo todo eso he llevado a cabo el intento de estructurar algunas ensoñaciones. Para eso he escrito novelas hasta el día de hoy.

En cuanto al futuro, en cuanto a si seguiré haciéndolo, en cuanto a por qué escribir novela mañana, me van a permitir que cite con una cierta extensión a Bertolt Brecht: «La intuición y el conocimiento no se contraponen. La intuición se transforma en conocimiento; el conocimiento en intuición. Los sueños se transforman en planes; los planes en sueños. Siento añoranza y me pongo en camino y mientras marchó, añoro. Los sentimientos se imaginan, los pensamientos se palpan, pero también hay excepciones.

## planes sin sueños



servienta se niega: «Apéate tú», le dice. «Si tienes sed, ponte de rodillas e inclínate a beber. Yo no elegí servirte y no seré tu esclava».

La princesa está muerta de sed y no tiene más remedio que desmontar. Esta secuencia se repite tres veces. La tercera vez, cuando la princesa está inclinada sobre el arroyo, el pañuelo cae de su pecho y queda flotando. Sumida en sus tribulaciones no se da cuenta, pero la sirvienta sí. Esta se alegra porque sabe que ahora la princesa está indefensa. Y cuando la princesa intenta montar su caballo, la sirvienta le arrebató las riendas: «Ahora tu caballo me pertenece y mi rocín será lo adecuado para ti». La sirvienta obliga también a la princesa a cambiarse las ropas y amenaza con matarla si cuenta lo que ha pasado.

Cuando ambas llegan al palacio del príncipe todos ven en la sirvienta a la verdadera novia. A la princesa, en cambio, la envían a cuidar ocas con un pastor. La criada-princesa manda a matar al caballo que habla, pero la princesa-criada se entera y pide al matarife que cuelgue su cabeza en la puerta de la ciudad. Cuando la criada-princesa pasa, el caballo habla, y así ocurren otros extraños sucesos que llegan a conocimiento del rey. El rey habla con la falsa princesa, averigua la verdad y concede a la falsa criada la mano de su hijo. En cuanto a la sirvienta, es castigada a meterse desnuda en un barril tachonado por dentro con clavos afilados, y que dos caballos blancos la arrastren por la calle hasta que muera».

Este cuento de hadas en las actuales recopilaciones que he consultado figura como un

no solo el imaginario presente, sino también el imaginario y futuro de los individuos. Y este relato dice que las personas pueden ambicionar subir de un puesto a otro, que mejoren sus sueldos, que sus sueldos incluso les permitan comprar una casa para vivir y para que la heredeen sus hijos. Es el relato hegemónico, es un relato que encubre el mecanismo real del capitalismo. Porque la ambición del capitalista no ha sido nunca un trabajo con buen sueldo, ni siquiera un trabajo con un sueldo millonario y un contrato blindado, etcétera. La ambición cumplida del capitalista es la propiedad de un medio de producción.

Si las luchas en la escala social se organizaran de acuerdo con esta ambición, si desde el primer pistoletazo de salida el objetivo de cualquiera fuera adquirir la propiedad de un medio de producción, entonces esta sociedad capitalista se desintegraría. Por eso se ha construido el otro relato, el de ser un buen hombre y mantener bien la familia y adquirir una buena reputación. Edmundo Gómez del Risco quiere romper ese relato, poner en evidencia esa figura ausente, aquello de lo que no se habla, a saber: ¿quién decide y en qué momento que el destino de una persona sea aspirar a un trabajo y a la cadena de aspiraciones que el trabajo trae consigo, en vez de aspirar a un medio de producción? O, dicho de otra forma, la contradicción principal no estriba en que haya o no haya trabajo para

También se producen cortocircuitos. Hay fases en las que los sueños no se convierten en planes ni las intuiciones en conocimientos ni la añoranza incita a ponerse en marcha. Esos son los malos tiempos para el arte; porque pierde calidad. El campo que media entre intuición y saber, ese campo de tensiones donde nace el arte, desaparece. Podríamos decir que se descarga. Por el momento no me interesa demasiado lo que ocurre con los artistas que sumen en la mística. Me interesan más aquellos que se apartan de los sueños sin planes y se entregan a planes sin sueños, que también son vacíos» (fin de la cita). En este momento, en el que en efecto la añoranza no parece que incite, en España, y en muchas partes ponerse en marcha, en estos momentos en que el único espacio social que tiene la novela es el de los sueños sin planes y en el que observo a la mayoría de mis colegas sumidos en una mística de cualquier cosa, creo que voy a intentar la extraña tarea de apartar la literatura, la novela, de las ensoñaciones, entregándola a los planes sin sueños, aunque estén vacíos.

Muchas gracias. ■

Palabras en la presentación de la novela *Lo Real*, durante la XIII Feria Internacional del Libro de La Habana, celebrada en San Carlos de La Cabaña, del 5 al 15 de febrero de 2004.

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n144\\_02/144\\_95.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n144_02/144_95.html)

Entrevista con Isabel Parra

# «soy una artista marginal»

Estrella Díaz  
Cuba

Cuando era adolescente, sentía que esa música era un poco aburrida, con la misma estructura, siempre dos, tres tonos, aunque con mucha belleza en la poesía; si se quiere, una deformación de la copla española... Me decía en mi interior: no me voy a dedicar a cantar estas cosas, pero a la vez no me preocupaba por lo que iba a cantar. Cuando uno es joven anda buscando y no sabe bien hacia dónde va. Ese rótulo de folclorista no me lo he podido quitar jamás. Entonces, canto las canciones folclóricas que tienen la raíz española. Nosotros no tenemos una música nuestra como la tienen, por ejemplo, los cubanos, con las raíces africanas. Nosotros somos una cosa rarísima en cuanto a fortaleza tradicional. Por un lado, mucha España, con traje largo, abanico y esas cosas; y por otro el canto del campesino, el canto del hombre pobre, el canto del que sufre, del que trabaja para otro, que es un canto de mucho talento. También es un canto mexicano porque en Chile —como en todos los países latinoamericanos—, México ha tenido una influencia tremenda en nuestra música.

En medio de esa amalgama, Violeta nos ofrece una identidad; se la dio primero a sus hijos, y no solo una identidad, sino el descubrir que la canción sirve también para otras cosas. De repente, se prendió una luz, nosotros vamos a Europa y nos encontramos con la música latinoamericana. Así de simple, en el París al que todos los artistas tienen alguna vez que ir, nos topamos con nuestra propia música... ahí se abren otros mundos completamente distintos. Me pongo a tocar el cuatro, a aprender el charango y me digo: eso sí que me gusta, y me fui apoderando de esos ritmos.

*¿Pasará de moda en algún momento la canción tradicional o nunca lo estará?*

Creo que nunca estará de moda, pero considero que cualquier persona que va a hacer música tiene que saber un poco de dónde viene, qué se toca en el campo, qué es lo que han cantado los viejos. A partir de ese conocimiento es que se puede hacer una obra. Lo que hago puede parecer raro porque deforme las posturas de la guitarra y me he entretenido mucho haciéndolo; mi trabajo es muy rudimentario, pero al mismo tiempo muy movido. He compartido con otros músicos, agrupaciones e instrumentos y no le he tenido miedo a nada, me he atrevido a incorporar esta música sencilla y la he fusionado.

*Usted ha afirmado que es una artista que ha podido grabar lo que ha querido...*

Sí, pero me ha costado sudor y lágrimas. Ni cuando era joven ni ahora he estado sumergida en una infraestructura comercial ni metida en el mundo discográfico competitivo. Soy una artista marginal. Autónoma, con sus propias decisiones musicales y elecciones de lo que quiero cantar. No tengo la fórmula habitual de un artista; es decir, te metes en un sello y te dicen: tienes que operarte, cambiarte el color del pelo, cantar estas canciones porque es comercial. No conozco ese mundo, pero sé que existe.

*¿Y el mercado?*

Naturalmente que el mercado ha tenido influencia porque mis discos se venden; yo no los regalo, pero se venden en otro mercado, con otro criterio y de otra manera. Puedes acceder al mercado, pero sin hacer concesiones.

*¿Difícil?*

Muy difícil en cualquier parte y en ese sentido he podido tener esa fórmula hasta hoy. He grabado muchos discos, realizado giras,

compartido con gentes, visitado países, pero sigo sintiendo que mi trabajo es estrictamente artesanal, autónomo en el mejor sentido de la palabra. Toda mi vida he sido una mujer comprometida políticamente y he mantenido una forma de hacer que pienso heredé de mi madre, que es como la veía hacer a ella y para eso hay que luchar y pelear mucho.

*¿Víctor Jara?*

Tuve la suerte de ser su amiga, su amiga de verdad. En los años 60 él también está en esa búsqueda de musicalizar, de indagar. Víctor es un campesino, es un hombre que llega de la zona rural a Santiago con su guitarra, a enfrentar la vida y a abrirse camino, igual que nosotros. Nos conectamos inmediatamente porque éramos jóvenes de una inquietud desbordante. Víctor es fundamental en la vida familiar, musical, en la creación de la Peña, en todo. Nuestros caminos están juntos.

*La acusan de ser una gran divulgadora de la Nueva Trova cubana, ¿se siente responsable?*

No, sería un honor demasiado grande. Solo he sido una mediadora sobre todo en el inicio cuando Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y Noel Nicola visitaron Chile, pero no he hecho nada en realidad. Lo que sí debo confesar es que cuando conocí la Nueva Trova me volví loca por ella.

*¿Cómo fue ese contacto con la Nueva Trova?*

Vine a Cuba al Primer Encuentro de la Canción Protesta (1967) y ahí surgió otro milagro. Víctor Jara, Rolando Alarcón, nosotros ni siquiera sabíamos que había otros trovadores en América Latina que andaban en esa misma búsqueda, y Cuba nos permitió conocernos.

En ese primer viaje alguien me regaló un disquito que incluía *La era está pariendo un corazón*, de Silvio, y quedé hechizada. Nosotros veníamos del mundo de la televisión, de las cuartetas que rimen que son octosilábicas..., habíamos conocido la música venezolana, pero no teníamos un trovador ni conocíamos esa forma de cantar, de usar el lenguaje, la guitarra. Me pasó lo que a todos, quedé impactada y deseosa de romper esquemas.

*Silvio Rodríguez la distingue a usted de manera particular...*

Lo que pasa es que él es muy buena gente, un excelente amigo, una persona extraordinaria. Creo que una de las cosas más difíciles es conservar amigos toda la vida y yo tengo esa dicha. No todos los días uno se encuentra con personas así y siento que tuve mucha suerte de haber venido a Cuba en ese momento, de haberlo conocido y continuar siendo su amiga y, sobre todo, de haber visto el inmenso desarrollo de su canción en todo el mundo. Eso me da gran alegría y emoción.

*Durante la Feria Internacional del Libro se presentó su libro Ni toda la tierra entera ¿Qué me puede decir del mismo?*

Lo escribí hace dos años y lo postulé a una beca en EE.UU. En realidad no es una novela ni mucho menos. Es un libro testimonial porque (me y nos) recuerda el 11 de septiembre y la experiencia del exilio. Es mi vivencia; qué me pasó a mí, a mi familia, por dónde anduve, dónde me quedé, qué hice. Muestra documentos que yo guardé y atesoré durante todos estos años: cartas de familia, de personas que tuvieron que ver con ese trozo de vida, papeletos de saludos de amigos, poemas, cartas de personalidades de la cultura latinoamericana. Yo no gasto papeles, los guardo... y este libro es un recorrido visual de papeles, fotografías, recortes de diarios desde el día en que salí de Chile hasta que regresé. No es un libro de memorias ni mucho menos; el sentido fue darles un uso a estos materiales. Chile es un país con muy poca memoria; no nos interesa saber nada de lo que pasó ayer y a mí me parece que el exilio —que es un asunto olvidado— debe volver a establecerse como tema de sufrimiento, de pérdida y de quiebre.

*¿Es un libro sobre el exilio de los Parra o de cualquier otro chileno que vivió esa experiencia?*

Ese es el sentido que tiene. Mi experiencia es una entre miles de historias de mujeres que tuvieron que salir solas, con sus niños, empezar en otro país, adaptarse a otras lenguas. Si cuento mi historia, naturalmente aparecen los teatros, los lugares en que me moví, dónde estuve, con quién canté... es mi recorrido; una de las tantas aristas del exilio. ■

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n144\\_02/144\\_96.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n144_02/144_96.html)



Cuando comenzó a rumorarse que Isabel Parra vendría a Cuba muchos dijimos: eso es noticia, porque realmente la cantautora chilena, a fuerza de estudio y años de trabajo constantes, ha llegado a ser una de las voces más reconocidas de la canción latinoamericana.

Desde que arribó a La Habana ha sido buscada (y encontrada) por la prensa sabedora de que su texto *Ni toda la tierra entera* sería presentado durante los días de la Feria Internacional del Libro. Hija de Violeta Parra —esa grande de la música de nuestra América— ha atendido a todos con una sencillez extrema; muestra evidente es este diálogo que sostuvimos, sentadas en un muro de San Carlos de La Cabaña, sede de la Feria, una soleada mañana de febrero.

*Usted ha dicho que el canto era el idioma de su hogar, ¿esas son sus evocaciones primeras?*

Efectivamente, no puedo dejar de asociar mi infancia, mis primeros recuerdos, a la música. Por un lado, la vida junto a mi mamá, Violeta Parra, sus ives y venires, su pasión por la música, su lucha por emprender tareas relacionadas con el arte que ella estaba dispuesta a entregar y para lo que fue destinada; asunto que ella no sabía.

Fue complicado ese estreñarse con el destino, con las dificultades, con la condición de mujer en una nación subdesarrollada, con el machismo de nuestros países, con maridos que no comprendían —por decir lo menos— lo que ella quería hacer.

Mis hermanos y yo éramos espectadores (no diría tontos, pero casi); de niño uno no tiene idea de casi nada, salvo de que está vivo, que ella es la mamá y el otro el papá, y eso era todo.

*Y las ausencias... desde la perspectiva de niña, ¿cómo las sentía?*

Como todos los niños; algo que no puedes explicar, que es incomprensible. Por otro lado veíamos a esta mujer —que fue papá y mamá— luchando por nosotros, por hacerse cargo de nosotros. Todo esto en condiciones poco felices, pero siempre con música; en las buenas y en las malas con música que ella cantaba con su hermana, que cantó desde niña con sus otros hermanos, con una guitarra a cuestas que le permitía ganarse la vida y a la vez hacer lo que quería.

En su autobiografía dice que no quería ir a la escuela, que no quería nada, salvo lo que ella quería. Eso es muy bueno.

*Con apenas trece años de edad, casi una niña, tuvo la dicha de grabar su primer disco...*

No sé si podría decir que era dicha, porque en realidad a mí me daba exactamente lo mismo. Solo fui una hija obediente y lo sigo siendo... recuerdo que ella me decía: ven a cantar acá, apréndete esta canción, vamos a grabar este disco, acompáñame; era la que tomaba las decisiones y a mí no me parecía acertado discutir porque yo no podía elegir una profesión y decir: bueno lo que quiero es estudiar Arquitectura. La frase que recuerdo de mi infancia es: 'bueno ya'; resignada a ese destino un poco forzado; no había opción y eso significaba cantar y darme cuenta de que no lo hacía nada mal.

Era absolutamente dependiente del criterio materno. Después sentí que mi mamá tenía razón porque en realidad me costó muy poco cantar y grabar. Las canciones las elegía ella: yo repetía, pero a mí no me desagradaba en lo absoluto, no sentía que iba en contra de mi vocación.

Recuerdo que cuando llegué a los estudios de grabación, enormes y llenos de micrófonos y con tremenda parafernalia, cantaba temas de ella o de los que había recopilado en el campo. Con mucha intuición mi madre nos introducía en ese mundo que iba a ser nuestro y que lo sigue siendo. Por lo tanto, no estaba nada equivocada.

*Usted ha evocado la canción tradicional y todos los Parra parecen estar signados por esa dicha, ¿cuál es el encanto o tal vez la utilidad que cree tiene este modo de expresión?*

Es muy cierto que en esa primera etapa repetía lo que ella hizo, yo solo fui una repetidora. La que fue a desenterrar esa música tradicional chilena, esa música autóctona, no fui yo, fue mi madre. Ella volvió al campo donde nació... al comienzo cantaba canciones mexicanas para la radio. De pronto cambia esa estructura y decide recuperar para Chile y para ella misma la música tradicional. Va a los campos, viaja al sur y al norte y crea sus primeras canciones a partir del conocimiento que va teniendo de esa memoria. Estudiaba al lado mío y, aunque no quisiera, me aprendía lo que ella estaba cantando. Eso se incorpora de una manera natural y me sabía todos los textos y las formas musicales; conocía que en este pueblo se cantaba de esta forma y en el otro de tal manera.

Mi madre era como una enciclopedia que uno la abría y podía consultar de todo. Para los chilenos yo soy folclorista porque en mi país no se tiene idea de lo que uno es; te ponen una etiqueta y te quedas con ella para siempre. No soy folclorista porque para serlo hay que realizar investigaciones, ir a las raíces. Eso lo hizo Violeta y otras personas que respeto y venero mucho, pero por añadidura me llegó este conocimiento.

Voy a hablar de la crisis del sistema mundial capitalista y de la guerra, porque el tema de la guerra es hoy absolutamente fundamental para entender la gravedad de la crisis capitalista y la trayectoria que podrían tomar en el futuro no solamente el sistema mismo, sino también nuestras luchas para un mundo mejor. Entonces, voy a buscar aquí, con ustedes, más preguntas que contestas, voy a abrir más que cerrar el debate sobre las dimensiones económica, política o política-militar e ideológica de esta crisis.

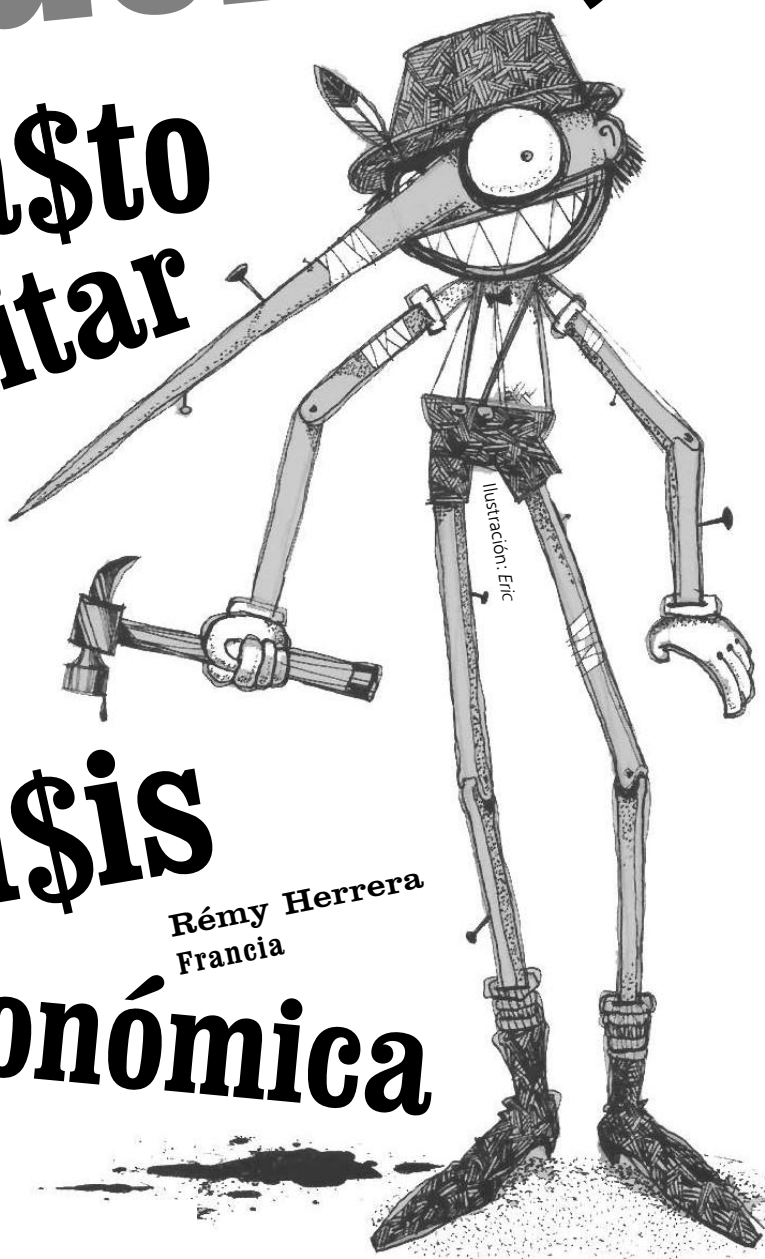
¿Cómo caracterizar la dimensión económica de la crisis actual? La crisis económica del sistema mundial capitalista se manifiesta, en primer lugar, por el hecho de que los beneficios de la actividad capitalista (nosotros marxistas, decimos de la explotación capitalista) —beneficios en alza tendencial en los EE.UU. y en la triada desde los años 1980 y la sumisión de las economías al neoliberalismo— estos beneficios, enormes, no encuentran en dónde invertirse de manera productiva con una rentabilidad suficiente. Entonces, los llamados «problemas económicos» de la globalización neoliberal, como los déficit de los EE.UU., la deuda externa de los países del Sur, como las privatizaciones de patrimonios comunes de la Humanidad (entre ellos el saber o la educación), problemas como la dislocación de la protección social o de los pensionados (mire el Brasil de Lula o la Francia de Chirac, donde están destruyendo los pensionados), pero también problemas como la liberalización de las transferencias de capitales, etcétera, todos estos «grandes problemas económicos» participan en su conjunto de una estrategia, de una estrategia global. No está totalmente controlada, por supuesto, pero está bastante coherente desde el punto de vista de los capitalistas, o al menos de ciertos capitalistas: las finanzas. El neoliberalismo es la estrategia global de las finanzas.

¿Cuál es la finalidad de esta estrategia? Su finalidad es la de ofrecer a las finanzas —es decir, a los más poderosos propietarios del capital, a la fracción más poderosa de las clases dominantes, hoy en día principalmente estadounidenses—, más oportunidades de inversiones financieras, y especialmente de especulación. El neoliberalismo no es una estrategia de desarrollo ni tampoco de acumulación capitalista acelerada, sino una estrategia de saqueo global, una estrategia de dominación puesta en práctica por las finanzas —desde su «golpe político» de 1979 y el alza de las tasas de intereses (y el principio del problema, entre otros, de la deuda externa del Sur). Claro que el camino del sistema mundial capitalista da una impresión de irracionalidad, de caos; impresión amplificada por la existencia de profundas contradicciones, como el vacío de una entidad política supraestatal frente a los mercados globalizados; la ficción de la libre competencia frente a la monopolización de la propiedad privada; o la contradicción entre el discurso dominante de la «libertad individual» frente a una segmentación internacional de los mercados de trabajo, con sus muros del Río Grande, de Schengen, y recientemente de Cisjordania (que llaman «muro de prevención del terrorismo»), que hoy han reemplazado el Muro de Berlín, y que están mucho más mortíferos que este último... Pero más allá de esta impresión de irracionalidad, la estrategia neoliberal está bastante racional desde el punto de vista del capital mundialmente dominante. Está racional porque es la condición misma, la condición vital, por la cual se mantienen en el poder las finanzas.

¿Y cómo las finanzas se mantienen hoy en el poder? ¿Cuál es la característica esencial de este poder? Su característica esencial es ahora su militarización, la militarización de la hegemonía del sistema mundial capitalista, de los EE.UU. Hoy, el poder de las finanzas se sostiene por la fuerza, por la fuerza armada, la fuerza bruta. El sistema capitalista, con sus saqueos, con

# guerra, ga\$to militar y crisis económica

Rémy Herrera  
Francia



su polarización, con su *apartheid* mundial, funciona más y más directamente por la guerra. Funciona por el «puño visible» del ejército estadounidense. Pero la forma escondida de esta violencia siguen siendo las relaciones capitalistas de producción, base de este poder. Ya uno sabe que la globalización se llama imperialismo. Ya uno conoce la lógica de guerra globalizada de los EE.UU. Ya se reconoce que la violencia de este sistema de poder provoca un genocidio, el de los más pobres, en el Sur —por la violencia visible de las guerras imperialistas, como por la violencia invisible de las relaciones sociales capitalistas. El problema es que la hegemonía misma de los EE.UU. está en crisis, en crisis global, y no solamente en los puntos relativamente débiles de la resistencia antimperialista, en el mundo árabe-musulmán, en Iraq, en Afganistán, donde encuentran dificultades graves, dificultades tremendas... Está en crisis global porque la militarización del neoliberalismo, con su violación de los derechos de los pueblos al desarrollo, con su negación del derecho internacional, con su desprecio a las Naciones Unidas, es un callejón sin salida.

¿Cuáles son las causas de estas guerras, en particular la de Iraq, la realizada contra el pueblo iraquí? La respuesta se encuentra más allá de la propaganda mediática dominante por supuesto, más allá de sus mentiras, pero también más allá de las apariencias. El argumento sistemáticamente avanzado es el control del petróleo, el petróleo de la Península Arábigica al Asia central. Ahí hay una evidencia. Pero esta evidencia no puede hacernos perder de vista una realidad más decisiva aún: lo que está en juego, lo que hace para ellos estas guerras necesarias, es el comando de la fracción de

clase dominante actualmente hegemónica: las finanzas estadounidenses. Son las finanzas y no solamente Bush, sus halcones y los magnates del petróleo, son las finanzas como clase, con su sistema de explotación y de opresión a escala mundial, con sus instituciones nacionales e internacionales, que no podrían mantener su poder, sino por la violencia, por el terrorismo de estado. Es una de las razones que explican por qué las recientes divisiones en la ONU o en la OTAN entre países ricos no provocaron ninguna ruptura entre clases dominantes en el seno de la triada, de la triada imperialista. Y las intervenciones militares de Europa (las de Francia en África, por ejemplo) nos recuerdan que un imperialismo puede esconder otro... Quiere decir que es el capital financiero, bajo hegemonía estadounidense, que está en guerra contra cualquiera que conducirá un proyecto de desarrollo autónomo, que sea nacional o regional. Y este capital tiene necesidad vital de esta alianza interna en el sistema interestatal de la triada para contener las múltiples resistencias populares que surgen de todas partes.

¿Pueden los EE.UU. redinamizar la acumulación de capital en el centro del sistema mundial mediante la guerra imperialista? Pienso que no; pienso que las destrucciones de capital (tan constante que variable), causadas por estas guerras, que son considerables para los países del Sur que las sufren, son «insuficientes» [entre comillas] para impulsar un nuevo largo ciclo del capital en los EE.UU., como fue el caso al salir de la Segunda Guerra Mundial, con el proceso de reconstrucción. Son «insuficientes» igualmente cuando se consideran los efectos de demanda efectiva asociados a estas guerras, que solo

o casi solo afectan el corto plazo; así como los efectos tecnológicos de estas guerras, que son positivos solamente o casi solamente para el sector militar o militar-industrial. Estas destrucciones de capital son «insuficientes» para redinamizar la acumulación de capital en el centro... a menos que estas guerras se conviertan en guerras permanentes de las finanzas estadounidenses contra el mundo entero, o contra el Sur entero... lo que, desgraciadamente, no es imposible... Hay que escuchar a los neoliberales: hablan de China, hablan de la India, hablan de Brasil... Compañeros, quieren controlar los grandes países del Sur, porque tienen miedo de la posibilidad de su desarrollo autónomo; tienen miedo sobre todo de una alianza entre estos grandes países del Sur, entre China, India, Brasil, África del Sur... Los neoliberales tienen miedo de eso...

¿Pero dispondrán los EE.UU. de los recursos para financiar eventualmente nuevas guerras? Los gastos militares de los EE.UU. (alrededor de 4% de su PIB) no son una carga insostenible. Además, tienen un adelanto, una ventaja en el campo militar impresionante. Sin embargo, sabemos al mismo tiempo que conocen desequilibrios muy profundos, amplificados por la gestión neoliberal de la crisis. Son sobreendeadados, dependen mucho del exterior. Sus finanzas absorben en la bolsa hasta el 80% de los beneficios, y dejan poco para la inversión productiva. Sus clases dominantes, más y más ricas desde hace 20 años, consumen muchísimo. Quiere decir que el neoliberalismo, sistema de saqueo para el mundo, es en los EE.UU. (y la triada) un modelo de acumulación capitalista muy baja, casi un modelo de no acumulación. Y eso explica por qué los EE.UU. repatrian desde los años 1980, en tendencia larga, más y más flujos de beneficios del resto del mundo. Es precisamente por qué los EE.UU. están más y más dependientes del exterior que bombean tantos recursos del mundo, y que bombardean tantos los pueblos del mundo. [«Exacto», dirá el Comandante Fidel en su discurso de clausura, el mismo día]. Las dimensiones económicas y militares de la crisis del sistema mundial capitalista son estrechamente imbricadas: existe esta bomba financiera de los EE.UU. absorbiendo la plata del mundo y su complemento, las bombas lanzadas desde su red de bases militares. Pero el neoliberalismo no puede seguir así: los desequilibrios internos y externos ya están al límite de ser insostenibles. Tienen que cambiar este curso, pero pueden hacerlo de diferentes maneras. Y desgraciadamente, no se puede excluir una trayectoria del neoliberalismo hacia una militarización más dura, más destructiva.

¿Estamos entonces hoy frente a una «fascización» del imperialismo? Este tema llama a la prudencia extrema. Se podría decir que la referencia al fascismo no sea absolutamente necesaria para caracterizar la tendencia tomada por el sistema de dominación de las finanzas estadounidenses. Se podría decir que la referencia al concepto de imperialismo sea suficiente, y sabemos que siempre el imperialismo fue violento y militarizado. Me limitaré aquí a constatar, sin embargo, que algunos trazos del fascismo clásico, producto histórico del capitalismo en el siglo XX, se encuentran efectivamente en la tendencia actual del imperialismo estadounidense; trazos como la violencia, una violencia sistemática, sistémica, convertida en modalidad de existencia; como la manipulación de las masas por el sistema mediático para integrarlas al proyecto destructor de las clases dominantes; como la creencia en una civilización (o nacionalidad) superior habilitada para dirigir el mundo... Se dirá: el fascismo es el estado totalitario. Pero el dogma de la reducción del papel del estado se aplica en todas partes menos en los EE.UU.: allá el estado (un estado contra el servicio público) militariza la economía; allá la ficción del bipartidismo de hipermillonarios se convirtió en la realidad de un partido único del capital. Se dirá, además, con razón: el fascismo es el genocidio. Pero, ¿cómo no ver que el imperialismo y la polarización Norte-Sur inmanente a la dinámica del

capital, producen un genocidio en el Sur? El neoliberalismo es el resultado de una lucha de clases, histórica, a escala mundial. Es una guerra social de las finanzas contra los pueblos. Entonces, tengamos cuidado de la amenaza de este nuevo imperialismo, al rostro «fascizante sonriente», tomémosla muy seriamente porque será más fuerte a medida que se fortalecerá la resistencia popular en todas partes del mundo.

¿Por qué la crisis del sistema mundial es también una crisis ideológica? Porque se ha probado el fracaso de las políticas neoliberales en todos los continentes, hasta en lugares menos conocidos que Corea del Sur, Rusia o Argentina, hasta recientemente en la Costa de Marfil, donde fracasó el modelo neoliberal africano, extravertido, desestabilizado, bajo ocupación militar extranjera (francesa, desgraciadamente). Pero más allá de su quiebra total, el neoliberalismo continúa imponiéndose a los pueblos de la manera más antidemocrática que sea. Entonces, todo concurre hoy para reintroducir en el discurso ideológico dominante la idea de una «regulación», y en la teoría *mainstream*, neoclásica, un nuevo papel para el estado. Economistas neoclásicos *light* o *soft* («suaves») de nuestro tiempo, como Stiglitz, Sen, North, Krugman, Romer, etcétera, han florecido gracias a eso: por qué proponen una «regulación» del sistema capitalista, proponen una nueva intervención del estado. Pero hay aquí un malentendido, un malentendido muy grave, a la vez en la

teoría y en la práctica. Aquí hay una confusión, por qué estos teóricos no hablan de un estado de bienestar ni tampoco presente en la estructura de propiedad del capital, menos de una planificación, de planeación estatal. Hablan, al contrario, de un estado totalmente sometido al mercado, de un estado al servicio de los mercados, un estado ayudando la acumulación privada del capital, incluso en la educación. Cuando hablan de educación, no hablan —ni en la teoría ni en la práctica— de educación pública. Cuidado, hablan, como Lucas, de educación... privada. Hablan de privatización de la educación. Detrás de la retórica del Banco Mundial sobre el «saber al servicio del desarrollo» o «la lucha contra la pobreza» se perfilan privatizaciones de los sectores lucrativos de formación, de información, de telecomunicaciones..., hasta de la ayuda humanitaria. De manera general, el objetivo número uno es siempre asegurar al capital financiero mundialmente dominante el manejo del juego y la maximización de su ganancia, pero preservando el capitalismo central de los peligros del ultraliberalismo. El ultraliberalismo está reservado a los otros, al Sur, donde tiene que aplicarse de fuerza la opción ultraliberal de abandono de las funciones fundamentales de soberanía del estado. Detrás del discurso de la «buena gobernanza» se perfila la voluntad de gestionar los aparatos de estado de la periferia directamente desde el centro del sistema mundial capitalista, neutralizando los poderes de estado del Sur.

¿A qué democracia podría aspirar un estado del Sur que limita la expresión de su soberanía nacional a la liberalización de sus mercados y al pago de su deuda externa, más divididos a las finanzas? ¿A qué democracia?

¿Qué hacer? Podemos resistir. Tenemos que resistir. Tenemos sobre todo que luchar para derrotar la estrategia militar del imperialismo estadounidense. Parar la guerra, es la prioridad, imponer la renuncia a la regulación del sistema mundial por medio de la guerra —lo que es la condición de todo progreso, de todo desarrollo, de toda democracia. Tenemos que reconstruir proyectos nacionales al servicio de los pueblos, proyectos sociales, progresistas, imponiendo a la dinámica del capital límites a su lógica propia de maximización de la ganancia. Y eso será posible solamente gracias a sociedades civiles dinámicas y organizadas, gracias a estados-naciones fuertes, soberanos, autónomos. Esa es la base de todo proyecto de regionalizaciones que refuercen las posiciones de los países del Sur, la base de todo proyecto de nueva solidaridad entre los pueblos de América Latina y del Caribe, de África y de Asia, la base de todo proyecto también de nueva solidaridad entre el Sur y las clases populares del Norte. Tenemos que reafirmar proposiciones de transformaciones radicales al nivel mundial, como la democratización de la ONU, la creación de un sistema de fiscalidad y de redistribución mundial, la modificación de las reglas de acceso a los

mercados y de los sistemas monetarios y financieros, la gestión colectiva de los recursos naturales y del medio ambiente, entre otras «cositas»... Estimados delegados, queridos compañeros, regresé hace poco tiempo del Foro Social Mundial de Mumbai, donde más y más gentes pensaban —como pienso yo— que otro mundo no será posible sin socialismo, sin el socialismo mundial.

Y por eso, como se dice allá, en la India: «Quit Iraq!», «Yankees, ifuera de Iraq!». «Imperialism, down, down!», «iimperialismo, abajo, abajo!». «Socialism, up, up!», «isocialismo, arriba, arriba!». ■

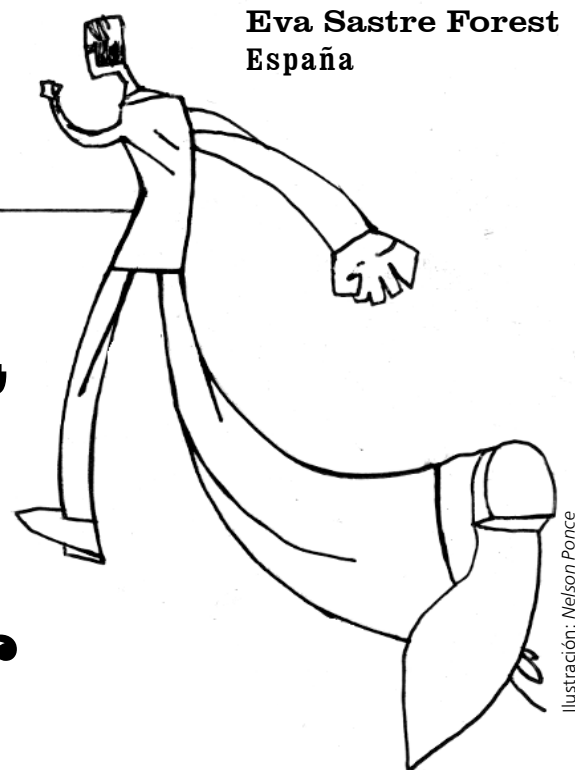
Rémy Herrera. CNRS, Universidad de París 1 Sorbonne, Francia.

Texto leído durante el VI Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo. La Habana, 13 de febrero de 2004.

<http://www.lajiribilla.cu/noticias/n0011.html>

**N**o quería volver a Europa. Me resistía a abandonar ese Mundo Nuevo que había descubierto, palpado, acariciado por unas horas, por unos días. Miraba mi pasaporte y le decía a nuestra querida Raquel, que nos acompañó durante la estancia en La Habana durante la XIII Feria del Libro: Por favor, piérdelo, desaparécelo. No quiero volver. No quiero emprender el vuelo a ese mundo viejo que ahora veo más viejo y gastado que nunca. Mi corazón ha encontrado su cadencia aquí. Por fin respiro. Por fin oigo respirar a los otros. Qué bella música. Llevaba años esperando algo así, sin saber dónde estaba el lugar y cuál sería el momento. Pero sabía que se hallaba en alguna parte, y que tarde o temprano tomaría rostro, fachada y temperatura. Y así fue. De pronto mis sentidos despertaron, al ritmo de La Habana y de su gente. Huyendo de los tópicos (sí, afirmo que nadie me ha convencido ni he sufrido «síndrome de Estocolmo» alguno), Cuba me ha impresionado. Qué poco original parece esta afirmación. Pero qué más da. No se trata de ser original, sino de decir ciertas verdades. Y lo digo, porque así es. Y cuando las palabras salen de la honestidad más honda, qué importan las palabras mismas, que tan solo se limitan a obedecer órdenes directas de la sangre. Usaré las palabras, puesto que no puedo escribir con corazones. En estos días posteriores a mi estancia allá, de pronto pienso en azules cálidos, verdes intensos o desteñidos, rojos y amarillos florales. Y huelo a madera. Aquí, en Barcelona, afuera está nublado, casi nieva. Pero aún siento en mi retina la intensa luz blanca de La Habana al mediodía, cuando apenas podía mirar y sin embargo, y con los ojos entornados, me impregnaba de cada detalle por borroso que pareciera. Mis ojos, como fuego incandescente chocando y resbalando sin esfuerzo por los rostros y los cuerpos y las almas de las gentes; quisiera ser un gran ojo para ver por los cuatro costados o una gran boca para sonreír a tanta gente amable o tener un cuerpo más grande para que cupiera todo lo que me ofrecéis a cada paso. Siento calor. Qué peculiar sensación esta, que no es sudor ni agua ni fastidio, sino un desparrame de vida que lo humedece todo sin agotar el alma ni ensuciar la ropa. Me dejo ir, caminando por fuera y por dentro, buscando los secretos de las palabras para poder definir algo de alguna manera. Pero no es fácil. ¿Será que, como decía Canetti (tomo la cita de tu libro, Stefania), las palabras no son lo suficientemente secretas como para ser veraces? Quizás sea así, pero quiero que estas lo sean. No sé. Intento ir desnudándome poco a poco, pero cuesta. Vengo de donde vengo, y no es fácil ser y respirar tan libre y anchamente cuando no se está acostumbrado a ello. Qué derroche de amor, qué locura, qué entusiasmo. Entusiasmo, palabra romántica donde las haya, tan propia del ser humano, del individuo. ¿Y qué decir cuando es el conjunto de entusiasmos el que le rodea a una? ¿Qué ocurre cuando el amor, como decía Silvio, lo iluminan todo hasta cegarlos? Cegar-

# desde Barcelona y Cuba, con amor



Eva Sastre Forest  
España

Ilustración: Nelson Ponce

nos de amor, qué paradoja, cuando el amor, al contrario, ilumina para (por) ver más allá y sentir más acá. El viento. La brisa dentro de las casas, junto al mar, por las esquinas, la palma y la pluma se mecen en un canto a la naturaleza y la cultura, qué ritmo único, qué cadente actividad circula entre las personas cuando emiten y transmiten y reciben y escuchan, qué avidez y qué respeto. Personas. Me he encontrado con personas; de mil colores, formas y estilos, pero unidas por algo que no sabría definir, sino como una similar forma de concebir y entender la vida. Esa vida que desde nuestros gastados países intentamos descubrir en cada gesto humano y sensible y que ansiosamente atrapamos como excepcional, en Cuba se regala sin pedir nada a cambio. Bueno, sí, honestidad y respeto. Abro los ojos para mirar, y ver. Y entender. Mis oídos retienen aún el sonido imaginario del faro del malecón, como en *Suite Habana*, fffmmmm, fffmmmm, girando e iluminando en cada destello suyo, todas nuestras pesadillas, desidias, impotencias y desesperanzas, llenando de coraje el fondo de nuestras retinas y de nuestros corazones. A veces me fijo en nosotros, los extranjeros. Y siento una rebelión interna, mezcla de perplejidad y enfado, cuando escucho a alguien que viniendo de fuera de la Isla, intenta explicarles a ellos lo que ya ellos bien saben. Y cuando observo ciertas situaciones de este tipo, una voz interna me grita y dice: ¡Eh,

amigo! Respeto... Mucho respeto. Primero escucha, observa y aprende, luego, quizás, habla y aporta lo que sepas. Pero sin discursos retóricos. Con mis pies sólidamente afirmados en tierra cubana, un poderoso instinto me convierte en camaleón y palma real, necesito sentirme una más entre vosotros y adaptarme a vuestro latido para convertirme en un ser flexible y firme a la vez, capaz de resistir mareas vivas o ciclones. Escucho el mar, escucho la arquitectura, escucho a la gente misma, que es el alma de todo lo demás. Y de pronto no tengo miedo. Sabiendo que Cuba existe he reforzado mi valentía con hechos y argumentos. Sonríe. Pienso en el sueño del gato Abel; en tu papá, Julito; en los chihuahuas imaginarios y la complicidad de Miguel; en las tarde-noches habaneras imaginadas junto a Stefania; en la sonrisa de Lupe, de Julio César, de Aidys y de Yordanis; en la disponibilidad más allá de lo necesario de Raquel, Marlen, Nisleydis, Yamila, Pilar, Jorge y tantos más. Gracias a todos por despertar los sentidos de quienes, aun yendo con el alma predispuesta y amiga, nos dimos cuenta a vuestro lado de lo que significan todas esas grandes y bellas palabras que por estos lares en donde habito, ya nos sonaban huecas. Un abrazo lleno de amor desde Barcelona, para todos vosotros. ■

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n146\\_02/146\\_09.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n146_02/146_09.html)





entendió «que existía el convencimiento de que Saddam Hussein era una mala persona, y que tenía que marcharse». O'Neill caracterizó esa reunión del 19 de marzo de 2001 para tratar la crisis energética de California «como una de las muchas reuniones a las que tuve que asistir en el curso de dos años... El Presidente es como un ciego en una habitación llena de sordos. No existe una relación discernible».

Observé a Rove, quien evidentemente estaba tratando de no mostrar la sensación de urgencia que él sentía. Pospuso el primer punto que tenía en su lista, lo que tenía que ver con el servicio de W en la Guardia Nacional, y comenzó a enfocar el asunto que seguramente saldría a la palestra. Él podría engañar a los medios con el asunto de la Guardia entregando registros que mostraban que GWB había recibido regularmente su cheque de la Guardia Nacional. Rove sabía que los registros de pagos no probaban que Bush se había presentado a cumplir su servicio, pero de todas maneras pospondría el asunto durante unos pocos días.

Recordé que en el 2000, hace casi cuatro años, algunos veteranos habían ofrecido 3 500 dólares a cualquiera que pudiera confirmar el servicio de Bush en la Guardia de Alabama. De los aproximadamente 700 miembros de la unidad de Bush nadie ha hablado aún. Sin embargo, los medios lo han ignorado. Rove había presentado un pedazo roto de papel en el que ni siquiera aparecía el nombre de GWB y *The New York Times* lo había aceptado como genuino. Hasta ahora, ¿la prensa ha asumido que la Casa Blanca no mentiría descaradamente? Después de todo, ¿cree la gente que Bill Clinton aún está en la Casa Blanca?

«Al menos Bush no mintió acerca del sexo», pensé, e imaginé tal lema en una pegatina para parachoques antes de las elecciones de noviembre.

Me di cuenta de que una sonrisa cínica afloraba al rostro de Rove. ¿Estaría él pensando en Clinton («Yo no tuve relaciones sexuales con esa mujer»)? Oigan, para el público estadounidense, ¿qué significa un asunto menor como una guerra comparado con el sexo? Apuesto a que Rove hubiera querido tener alguna de la publicidad generada cuando se mostró el seno de Janet Jackson en el espectáculo del medio juego en el Super Bowl. Rove comprende que él tiene que mantener la imagen de Bush como supermacho —¿de qué otra manera puede alguien explicar el número de anuncios de Viagra y de alargamiento del pene?— y alentar a la industria publicitaria para que continúe inventando más métodos ingeniosos para distraer a la gente de los asuntos.

Los hechos parecen moverse más rápidamente que los planes de reelección. Rove probablemente haya calculado que periodistas como Judith Miller, de *The New York Times*, continuarán reportando que Saddam tenía ADM y de que alguna —aunque sea una mínima cantidad— se encontraría en territorio iraquí, lo suficiente como para acallar a los críticos. Pero en lugar de la buena fortuna que él esperaba se vio forzado a acceder a la creación de una Comisión para investigar los fracasos de Inteligencia.

«Bueno, no se puede pensar en lo que hubiera sucedido si...»

Rove habló. «A nosotros, al personal, se nos dio la tarea de presentar al Presidente como un hombre que ha permanecido a la ofensiva en la guerra contra el terrorismo y cualquiera que se oponga a él es un debilucho o un traidor. Tal actitud puede mantener a Bush a la ofensiva y colocar a Kerry a la defensiva».

«Supongamos», pregunté a Rove, quien no pareció muy feliz de que yo siguiera haciendo preguntas, «que a Bush se le pide que aclare lo que quiso expresar cuando dijo a Tim Russert que 'lo que me preocupa de Viet Nam, en retrospectiva, es que fue una guerra política. Teníamos a políticos tomando decisiones militares'».

«Si la gente comienza a analizar esa declaración», dije. «pudieran preguntar al Presidente si él se considera un oficial militar porque es el Comandante en Jefe». Rove sacudió la cabeza con disgusto. No sé si era por mí o por el jefe.

Tuve un último pensamiento, pero no lo exterioricé. Supongamos que Gary Trudeau hace una serie de *Doonesbury* acerca de esta declaración en particular y la publica durante dos o tres semanas. Pensé en todos los universitarios inteligentes que la leerían y que se reírían, no solo del Presidente, sino de mí, que trabajo dieciocho horas diarias para garantizar que Bush gane en noviembre. Bueno, si no gana, Rove se acuerda del 2000. Hay otras maneras. ■

Tomado del *Progreso Semanal*

Saul Landau es profesor en la Universidad de Cal Poly Pomona, director de los Programas de Medios Digitales y Extensión Internacional, y miembro del Instituto para Estudios de Política.

El título del nuevo libro es *El imperio preventivo: una guía al reino de Bush*. El nuevo filme es *Siria: entre Iraq y un lugar difícil*.

<http://www.lajiribilla.cu/noticias/n0036.html>

**E**n una reunión del personal de la Casa Blanca, los mejores y más inteligentes de nuestra pandilla cristiana fundamentalista de extrema derecha discutían el error de lógica en la respuesta del Presidente a Russert.

«Supongamos que Bush estaba diciendo la verdad», dije a los demás. «Él realmente pensó que Saddam Hussein tenía las letales ADM descritas por el Presidente y así también lo pensaron importantes miembros del gabinete. Así que, ¿no se supone que Saddam hubiera usado esas armas mortales contra las tropas norteamericanas cuando la invasión?». El personal de la Casa Blanca se me quedó mirando fijamente con expresión estúpida. Unos pocos asintieron con la cabeza. «Por suerte Russert no le preguntó al Presidente si él pensó en las consecuencias antes de dar la orden de invasión, es decir, sacrificar a 130 000 hombres y mujeres de las fuerzas armadas». «Pero no pasará mucho tiempo», continué, «para que hasta los lerdos demócratas se den cuenta del error de lógica. Me imagino lo que dirá John Kerry: «Si Saddam hubiera tenido lo que Bush dice que tenía, hubiera utilizado armas nucleares, químicas y biológicas contra nuestras tropas, ya que según Bush es un loco cruel. Las pérdidas en muertos y heridos norteamericanos hubieran sido incalculables. Así que si ustedes creen a Bush deben llegar a la conclusión de que estaba dispuesto a sacrificar la vida de más de cien mil hombres y mujeres o es un mentiroso o no posee la capacidad de pensamiento lógico».

«Si Russert hubiera seguido la lógica del Presidente», continué yo, «pudiera haberle preguntado por qué no permitió que permanecieran indefinidamente en Iraq los inspectores de la ONU. Podríamos haberles entregado nuestra inteligencia, a pesar de que no hubiera ayudado a nadie. Si nuestras señales de inteligencia aérea mostraban lugares probables donde había ADM, podíamos haber informado a los inspectores, los cuales hubieran podido destruirlas sin pérdida de vidas».

#### El personal se me quedó mirando

«Con las sanciones en contra de Saddam y el mundo apoyando al equipo de inspectores», expliqué, «el dictador iraquí no hubiera tenido oportunidad de usar sus armas contra los soldados norteamericanos

**Un joven que dice que trabajó en la Casa Blanca me dio este informe poco después de que el presidente George W. Bush dijera a Tim Russert: «Yo esperaba que hubiera almacenes de armas [en Iraq]».**

*Meet the Press, 8/2/04*

ni contra nadie. Si se realiza un debate presidencial y el demócrata pregunta: 'Dígame, Sr. Presidente, ¿qué tiene que decir acerca de esa lógica?', ¿qué respondería el Presidente?»

«Claro», dijo uno de mis colegas, tratando de congraciarse con mi lógica. «Hans Blix y Mohamed El Baradei (los jefes del equipo de inspectores de armas de la ONU que no encontraron nada en Iraq) estuvieron de acuerdo que Saddam no tenía *bupqis* («nada» en el idioma burocrático de Washington) en sus supuestos arsenales de ADM». Los tenía comiendo de la mano, así que continué sin dejar de vigilar al arrogante Karl Rove, nuestro jefe, que había comenzado a tomar notas.

«No me gusta mencionar esto», dije, «pero supongamos que un reportero le pregunta al jefe cómo él relaciona la guerra en Iraq con la guerra al terrorismo que él dice que está realizando, si él mismo ha admitido que la inteligencia de EE.UU. no ha encontrado vínculos directos entre Saddam Hussein y Al-Qaeda.»

El personal de la Casa Blanca pareció anonadado ante mi impecable razonamiento, que finalmente llegaría a miembros de la prensa. «Si los medios se dan cuenta de esto», pronosticó un joven, «se transformarán rápidamente en pirañas que huelen la sangre en el agua de la Casa Blanca. Atacarán. Los lentos demócratas repetirán los errores de la lógica del Presidente y lo usarán en la campaña».

Además, citarían hasta el infinito algunos de los mensajes del libro de Ron Suskind, *El precio de la lealtad*, acerca de ese traidor, los comentarios de Paul O'Neill, el ex secretario del Tesoro. O'Neill habló acerca de una reunión del Consejo de Seguridad Nacional a principios de 2002, en la que él

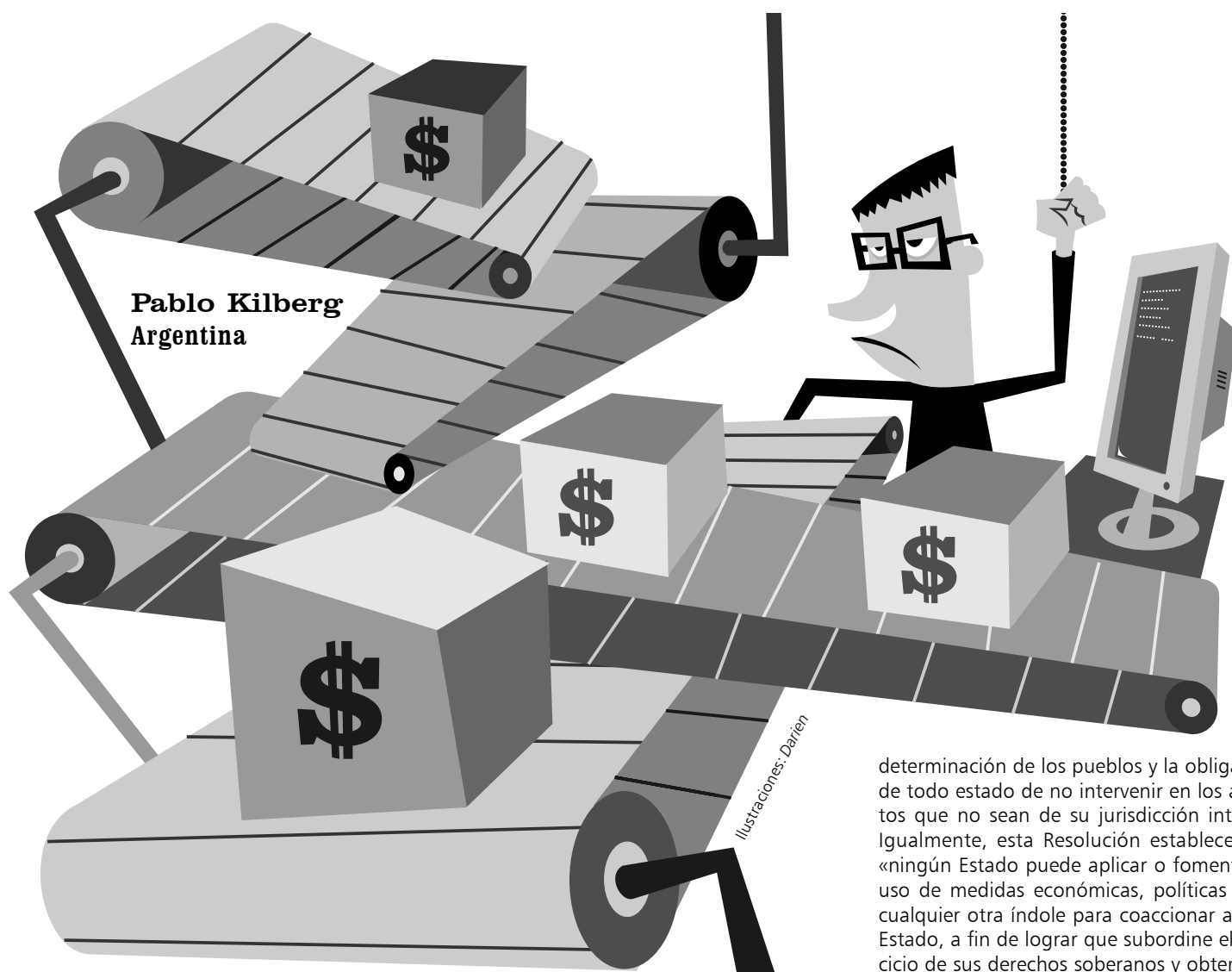
# CUBA: ¿por qué BLOQUEO y no EMBARGO?

Las acciones ejercidas contra Cuba por el gobierno de los EE.UU. no se enmarcan en la definición de «embargo». Por el contrario, trascienden este y tipifican un «bloqueo» al perseguir el aislamiento, la asfixia, la inmovilidad de Cuba, con el avieso propósito de ahogar a su pueblo y llevarlo a claudicar en su decisión de ser soberano e independiente; ellos constituyen precisamente elementos cardinales en el concepto de «bloqueo», que significa cortar, cerrar, incomunicar con el exterior para lograr la rendición del sitiado por la fuerza o por el hambre.

Desde la Conferencia Naval de Londres, de 1909, es un principio aceptado en el derecho internacional que: «el bloqueo es un acto de guerra», y siendo así, solo es posible su empleo entre los beligerantes. No existe, por otra parte, norma del derecho internacional que justifique el llamado «bloqueo pacífico», el cual fue práctica de las potencias coloniales del siglo XIX y del principio del pasado.

Tan controvertido concepto tampoco tiene tradición en el derecho internacional aceptado por los EE.UU. de América, pero las autoridades norteamericanas tienen mala memoria y no recuerdan que, en 1916, advirtieron a Francia: «Los EE.UU. no reconocen a ninguna potencia extranjera el derecho de poner obstáculos al ejercicio de los derechos comerciales de los países no interesados, recurriendo al bloqueo cuando no exista estado de guerra».

Generalmente se conoce como «embargo» la forma judicial de retener bienes para asegurar el cumplimiento de una obligación contraída legítimamente. Puede ser también una medida precautoria de carácter patrimonial autorizada por juez o tribunal o autoridad competente, con igual propósito de cumplir por el deudor sus compromisos con sus acreedores. ¿Resulta Cuba deudora de los EE.UU.? ¿Ha cometido Cuba algún delito que autorice el secuestro y liquidación de sus bienes a favor de los EE.UU.? La respuesta es diáfana y contundente: No. Cuba no ha sido ni es una amenaza para la seguridad de los EE.UU., por lo cual resulta contrario a la ley internacional la pretensión de aplicarle medidas de legítima defensa, teniendo en cuenta que el derecho internacional no reconoce legítima defensa subjetiva ni tampoco justifica la legítima defensa esgrimida por la Doctrina Monroe, que realmente lo que postula es una política de agresión.



Pablo Kilberg  
Argentina

Ilustraciones: Darién

No obstante la expresión de «embargo», lo real es que este conjunto de medidas de coacción y agresión económica, constituyen un bloqueo ilegal por parte de los EE. UU. contra Cuba y no puede esconderse esa criminal conducta y proceder contra la Isla en figuras jurídicas que no la tipifican. El gobierno de los EE.UU. emplea la figura del «embargo» para no reconocer que aplica a Cuba medidas de tiempo de guerra, de una guerra no declarada contra el pueblo de Cuba. El bloqueo a Cuba entraña una conducta genocida por parte del gobierno de los EE.UU., ejercida para someter intencionalmente al pueblo cubano a condiciones de existencia que le pueden acarrear daños físicos, totales o parciales, para debilitar su decisión de luchar y vencer.

Si bien formalmente el bloqueo total contra Cuba se implanta por parte de los EE.UU. el 7 de febrero de 1962, ya desde 1959 ese país venía aplicando políticas de bloqueo contra Cuba, dirigidas esencialmente a socavar puntos vitales de la defensa y la economía cubanas, tales como la supresión de la cuota azucarera, principal y casi el único soporte de la economía y finanzas de la Isla, y el no suministro y refinación de petróleo por parte de las empresas petroleras norteamericanas que monopolizaban la actividad energética; paralizar al país, ese era

el propósito que no lograron, así como también un solapado boicot a cualquier compra de piezas de repuesto para la industria cubana, toda ella de factura norteamericana.

Pero siendo infructuoso el bloqueo parcial para doblegar al pueblo de Cuba, el entonces presidente de los EE.UU., J. F. Kennedy, cumpliendo el mandato que le había encomendado el Congreso de los EE.UU., mediante la Sección 620a de la Ley de Ayuda Extranjera, de septiembre de 1961, declara el bloqueo total contra Cuba a partir de las 12.01 a.m. del 7 de febrero de 1962.

Es evidentemente antagónico el propósito manifiesto del bloqueo y el derecho humano del pueblo de Cuba de ejercer su libre determinación, derecho consagrado en la Carta de las Naciones Unidas así como en la Declaración de los Derechos Humanos y los artículos 1 de los Pactos Internacionales de Derechos Económicos, Sociales y Culturales y de Derechos Civiles y Políticos. ¿Quién viola entonces los derechos humanos del pueblo de Cuba?

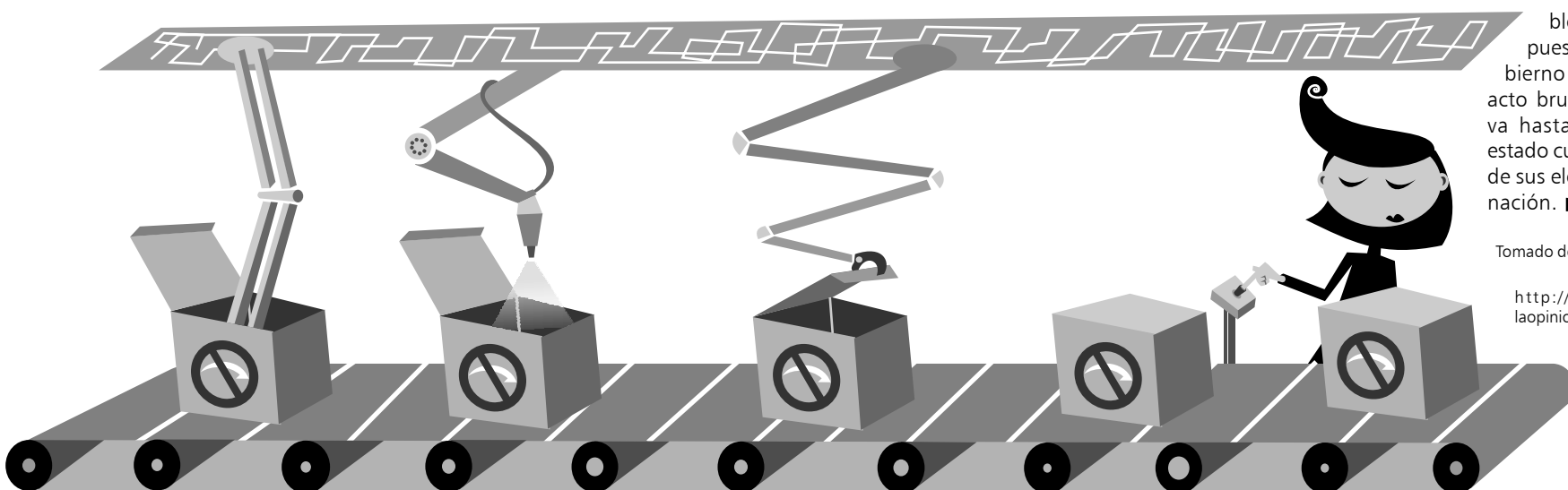
Múltiples resoluciones de las Naciones Unidas condenan los actos de agresión. Solo citamos la Resolución 2625, del 24 de octubre de 1970, del XXV Período de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas que declara la igualdad soberana a los estados, la libre

determinación de los pueblos y la obligación de todo estado de no intervenir en los asuntos que no sean de su jurisdicción interna. Igualmente, esta Resolución establece que «ningún Estado puede aplicar o fomentar el uso de medidas económicas, políticas o de cualquier otra índole para coaccionar a otro Estado, a fin de lograr que subordine el ejercicio de sus derechos soberanos y obtener él ventajas de cualquier otro. Todo Estado tiene el derecho inalienable de elegir su sistema político, económico, social y cultural sin injerencia en ninguna forma por parte de ningún otro Estado».

Durante 11 años consecutivos, desde 1992, la Asamblea General de las Naciones Unidas ha aprobado con creciente mayoría la Resolución titulada: *Necesidad de poner fin al bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los EE.UU. de América contra Cuba*. Dicha Resolución que reafirma, entre otros, los principios de igualdad soberana, no intervencionismo y no injerencia en los asuntos internos y la libertad de comercio y navegación internacionales, expresó la preocupación de la Comunidad jurídica internacional en la aplicación de medidas dirigidas a reforzar y a ampliar el bloqueo y por los efectos negativos sobre la población cubana y nacionales cubanos residentes en otros países. Oídos sordos y desacato total por parte del gobierno de los EE.UU., que lejos de suprimir el bloqueo y toda legislación que lo conforma ha promulgado nuevas leyes, como la Torricelli y la Helms Burton, cuyas regulaciones extraterritoriales afectan la soberanía de otros estados y los intereses legítimos de entidades o personas bajo su jurisdicción. La última votación, con 173 estados a favor de la Resolución, representa, sin lugar a dudas, la opinión mundial de repudio y condena al bloqueo. El bloqueo impuesto a Cuba por el gobierno de los EE.UU. es un acto brutal y genocida, su fin va hasta la desaparición del estado cubano, y la destrucción de sus elementos cardinales de nación. ▀

Tomado de *Rebelión*

[http://jiribilla/2004/n146\\_02/laopinion1.html](http://jiribilla/2004/n146_02/laopinion1.html)



# Acerca de la edición sin editores y del capitalismo sin capitalistas

viene de la página primera

Lo que los editores de la alternativa «independiente» proponen, es la existencia de dos sistemas de producción: uno determinado por los capitales «razonables» (a tenor del libro de Schiffrin serían los que mantienen su tasa por debajo del 12%) y otro por los capitales «salvajes» (por encima de ese 12%). Una lectura socialdemócrata y moralista del capitalismo que distingue entre un capitalismo bueno y otro malo, y cree que esa convivencia es posible a la par que, vía capitalismo bueno, legitima el sistema de producción capitalista. En la práctica esta alternativa se basa en lo que Krakauer llamaba «la plusvalía cultural»: en aras de la vocación cultural ese capital explota más; paga menos a los lectores editoriales, menos a los correctores, menos a los traductores, menos a los impresores, menos a los empleados, menos a los autores y menos a sí mismos —en los casos más honestos, es decir, cuando se autoexplotan— en cuanto a empresarios. Pero, en fin, sarna con gusto no pica y todo estaría bien si no fuera por los daños colaterales: su contribución al incremento de las plusvalías en el sector editorial «salvaje» que aprende de su mal ejemplo.

Resulta, sin embargo, que esta feliz convivencia dentro del capitalismo está creando ciertos problemas en el mercado que desde la perspectiva del «editor cultural independiente» podrían resumirse en el siguiente diagnóstico emparentado con la famosa ley de Greesham: cada vez hay en el mercado más moneda mala que amenaza y desplaza con su grosería la circulación de la moneda buena.

## Su Majestad el Mercado

En los últimos años se ha ido construyendo y difundiendo una imagen antropocéntrica y animista del mercado. Como si el mercado fuese una especie de dios o semidiós dotado de voluntad propia ajena a nuestras humildes voluntades humanas, sin cuerpo (y sin alma), omnisciente y omnipresente, sin conciencia, pero al parecer único culpable de nuestras molestias culturales y editoriales.

Convendría, por tanto, retomar una imagen más clásica para volver a colocarlo en su sitio: el mercado como ese lugar público en el que los productores ofrecen sus productos y en el que los consumidores esperan encontrar y comprar aquellos productos que satisfagan sus deseos y necesidades. Ese lugar lleno de vida y colorido que el cine nos ha ofrecido en tantas películas de corte medieval en el que la princesa disfrazada se suele encontrar con el galán que vive fuera de la ley.

Valga esa imagen simple e idílica para iniciar nuestra exploración. Se suelen olvidar cuando se habla del mercado varias cosas que por obvias se disfrazan de inexistentes. En primer lugar en el mercado hay algo más que oferentes y demandantes. Está, por ejemplo, el poder público, que regula con sus leyes ese mercado: establece qué días se celebra, determina la ubicación de cada gremio de productores, cobra tasas por uso de ese espacio público, crea alguaciles que prevengan el robo, inspectores para combatir el fraude, jueces que resuelven conflictos posibles, y sobre todo crea, acuña y avala la moneda en la que ese tráfico tiene lugar. Es decir, crea un orden y luego, invisible a poder ser, lo vigila, controla y aplica. Pero a su vez ese poder público, elegido o legitimado de una u otra forma, contiene dentro de sí otros poderes en

poder de las instituciones de la enseñanza o el poder militar o el poder de las diferentes fracciones políticas o el poder de los diferentes gremios de mercaderes y productores de esa ciudad. Todos están representados según su fuerza en el mercado a través de ese poder público y, sin duda, esa correlación de fuerzas e intereses se manifiesta en el orden y en las reglas que ese poder impone al mercado en cuanto a espacio público.

Visibles son los productores, los mercaderes y las mercancías (hasta las que al parecer no lo son o al menos no son «simples mercancías») y visibles son los compradores o posibles compradores que se mueven en ese espacio en busca de aquella mercancía que piensen pueda satisfacer sus necesidades. Cuesta, sin embargo, detectar en el mercado a «los productores de necesidades». Pueden realizar su trabajo de cara al público y en el propio mercado: el que vocifera las cualidades de tal mercancía, el que da brillo a las manzanas y las dispone con habilidad sobre la cesta, pero la mayoría ha hecho su trabajo antes de que el mercado abra sus puertas. La Iglesia, por ejemplo, ha hecho su trabajo en el púlpito, en el confesionario o en sus escuelas; el poder público, en las escuelas públicas, en los museos o en los bandos oficiales que los pregoneros y los medios de comunicación públicos, airean; los mercaderes en sus medios de comunicación propios; los partidos de la oposición en mítines y parlamentos; los revolucionarios en las reuniones y publicaciones clandestinas.

Cada uno con sus fuerzas, con sus medios, con sus capitales, han ido produciendo antes y acaso lejos del mercado, esas necesidades con las que los consumidores concurren finalmente a la plaza pública.

Para completar esta fábula sobre el mercado conviene recordar la presencia de otras figuras en su espacio público: cuentacuentos, saltimbanquis, trovadores y tragasables. Atraídos por la presencia de las multitudes acuden al mercado a ofrecer sus mercancías: diversión, entretenimiento, alegrías. Y por último, los fuera de la ley: ladrones, piratas, timadores; y los mendigos: pedigüños, desahuciados, profesionales de la mala conciencia ajena.

Si trasladamos esa visión idílica y medieval del mercado a las coordenadas actuales advertimos que el triunfo de las políticas neoliberales ha producido una desregularización de los mercados y en consecuencia el mercado ha pasado de ocupar la plaza pública delimitada por el poder público para expandirse espacial y temporalmente: toda geografía es mercado, todo tiempo es tiempo de mercado; ha invadido los espacios privados (televisión, Internet) y ha roto las fronteras entre el tiempo de ocio y negocio (la invasión del mercado en el tiempo de ocio es una de las características más llamativas de nuestro tiempo). El poder público es hoy detentado hegemoníamente por los mercaderes (representados por los correspondientes gobiernos democráticos o no democráticos) que imponen a ese mercado omnipresente sus propias reglas basadas en la libre competencia y en el libre comercio con las restricciones pertinentes: proteccionismo selectivo. El poder público permite abrir el tenderete a nuevas iniciativas mercantiles pero la situación de competencia expulsa hacia los márgenes a aquellas que no

cuenten con un capital de partida suficiente para hacerse un hueco relevante o a aquellos capitales cuya reproducción ampliada esté por debajo de la rentabilidad media del capital. Sigue habiendo saltimbanquis y piratas, quejumbrosos y profesionales de la subvención, pero lo más novedoso es ahora la megafonía: los medios de comunicación lo cubren todo. El mercado es comunicación. La sociedad, dixit Luhmann, un trasiego de comunicaciones.

Desaparecido el poder de los pulpitos, generalizada una enseñanza ideológicamente neutral (es decir, afín a la ideología dominante) y derrotados y amordazados (económica e ideológicamente) los proyectos anticapitalistas, la producción de necesidades es hoy controlada por el poder directo o delegado de los mercaderes que ha logrado insuflar su alma mercantil hasta lo más profundo de las subjetividades colectivas: la existencia es el mercado; solo el que consume, existe. Agradecidos al sistema que nos concede el privilegio de ser acogidos dentro de él (explotados se decía antes) producimos las mercancías que dan sentido a nuestras vidas: objetos, enseres, viviendas, programas, músicas, viajes, libros. Toda una cultura.

## Breve repaso al genoma histórico de la cultura y la edición

El contenido semántico del concepto de cultura es tan amplio que, además de remitirme para su análisis al reciente libro de Terry Eagleton, *La idea de cultura* (Edit. Paidós, Barcelona 2002), me limitaré a recordar con Raymond Williams que en su origen, cultura es cultivo, cuidado, es decir, proceso dinámico y continuo, y a proponer un tanto osadamente que entenderemos la cultura (en cuanto a cultura burguesa) como «el sistema de actividades encaminado a cubrir la necesidad de ser mejores» para desde esa propuesta ver cómo el sistema de producción dominante en cada momento, y con él los productores de necesidades, han gestionado su producción y comercio.

Entendida la cultura desde ese ángulo podemos remitirnos a Grecia, a Atenas en concreto, como fuente originaria de esa actividad. Una polis, construida sobre el compromiso con la excelencia de los ciudadanos libres y asentada en la esclavitud como sistema de producción. Una actividad cultural que gira alrededor del ágora y el teatro como espacios públicos ajenos a la plaza del mercado y en el que la actividad cultural tiene en la oralidad su principal instrumento, pero en el que la escritura, como depositaria de la memoria, como patrimonio común de la cultura, irá acrecentando su importancia y acercándose, vía comercio, al mercado. Ya en Roma, las librerías ocupan una zona propia en el tejido mercantil y se inicia propiamente lo que podemos reconocer como actividad editorial. La historia nos habla de Tito Pomponio Ático, el primer librero-editor cuyo nombre nos es conocido, que se encargaba de copiar, entre otras, las obras de Cicerón y de hacerlas llegar hasta los más remotos rincones del imperio siguiendo las rutas comerciales. De Ático se describen cualidades que hasta hoy —o hasta ayer mismo— serían el paradigma del editor ejemplar: amplia cultura, apasionado interés literario, amplias relaciones, impresionantes medios financieros y una marcada propensión por la actividad comercial. En sus talleres del Quirinal daba ocupación a los mejores escribas y correctores. Y aunque la oralidad siguiera siendo el principal vehículo de la cultura, con el Foro, el Senado, el Palacio, las bibliotecas y las escuelas como lugares de relieve, a lo largo del transcurrir del imperio la edición, vía comercio, fue cobrando un lugar

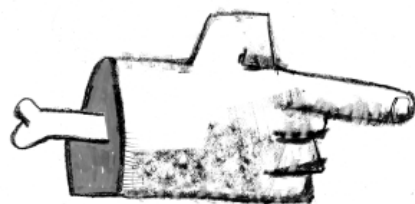
central en la configuración material de una cultura cuya producción, circulación y consumo conformaba una comunidad de «letrados» —en el seno de las capas sociales dominantes— que se reconocían mutuamente como comunidad superior —los mejores— por partícipes de ese sistema cultural en el que, repetimos, la edición y el libro ocupaban cada vez en mayor grado, un lugar central. Un sistema cultural que convivía sin conflictos con el sistema de actividades ligadas al ocio en que se desenvolvía la mayoría del pueblo movido no por la necesidad de «ser mejores», sino simplemente «ser felices»: *panis et circus*. Dos sistemas que se desarrollaban sin conflicto en un sistema político que solo consideraba y requería la excelencia como necesidad propia de la casta patricia.

El único ataque profundo que sufriría este esquema vendría dado por la aparición y propagación del cristianismo que, al competir con un nuevo paradigma cultural, «ser mejores para Dios», desplazaría los contenidos culturales anteriores, pero conservando y haciendo suyas, sin embargo, la estructura y las herramientas del sistema cultural que se encuentra. Entre ellos el libro —la expansión del cristianismo coincide y coadyuva a la expansión del formato códice— la escuela y la librería-editorial que pasa fundamentalmente a manos de los cenobios.

Pasamos de largo por nuestro mercado medieval en el que difícilmente encontraremos libros —refugiados en el *scriptorium* de los monasterios aunque con un significativo, pero escaso tráfico y comercio— en el que abundan juglares y saltimbanquis. Al aproximarnos a la revolución de la imprenta encontramos una sociedad fuertemente jerarquizada, con fuerte presencia de la religión, la emergencia de las naciones y de las monarquías absolutas, así como la sobresaliente recuperación de la actividad comercial en la que los libros al socaire del invento de Gutenberg, de la urdimbre humanista que se desarrolla con el renacimiento y de la lenta, pero continua ampliación de la población alfabetizada, ocupan un lugar básico para atender la demanda de clérigos, nobles, administradores, burócratas, escribanos, mercaderes enriquecidos, enseñantes y, cómo no, escritores y poetas.

## La querrela de los nuevos y de los antiguos

Al lado de esta cultura humanista que insiste en «el ser mejores» e intenta conciliar el recuperado canon clásico con las exigencias de la religión vigilante, crecen también las actividades dedicadas al entretenimiento de la población no obligada o impedida socialmente a moverse en el plano de la excelencia: la «no-cultura popular» con su comunicación oral predominante (romances, canciones), pero sobre la que también va a incidir la difusión que la imprenta facilita: libros de caballería, pliegos de cordel, misceláneas, vidas de santos. El crecimiento de las ciudades y los asentamientos de las Cortes como centros de producción y consumo, agrupan en un solo espacio mercantil a los consumidores de esas dos culturas: la humanista, que encuentra en el libro su mejor reflejo en cuanto que es el actor perfecto para la mediación entre lo individual y lo universal, y la «no-cultura popular» ajena al código de la excelencia. Dos legitimidades: la excelencia, el entretenimiento, que la ciudad hace convivir. Y es en la ciudad y como consecuencia de ese convivir que va a surgir el primer cuestionamiento mutuo de ambas legitimidades a través de un fenómeno cultural que se desarrolla a caballo de un vehículo en el que confluyen lo oral y lo escrito: el teatro, valga recordar a Lope y su defensa/desprecio de «el vulgo» y valga sobre todo recordar las famosas polémicas culturales que surgen primero en Francia y luego en toda Europa bajo el rótulo de «las querrelas entre los nuevos y los antiguos», primera versión histórica de lo que hoy llamaríamos polémica



Ilustraciones: Nelson Ponce

sobre el posmodernismo. Merece la pena detenerse en esa querrela que adelanta los conflictos que hoy nos mueven y que, en sentido estricto, supone el punto de partida de la crítica literaria.

En 1637 Corneille estrena su pieza *Le Cid* y obtiene un éxito (comercial diríamos hoy) desbordante que, sin embargo, es recibido con recelo, paternalismo y desprecio por «la República de las Letras» (es decir, por los escritores que se sienten detentadores del canon de la belleza). Una situación que recuerda sucesos semejantes que en España tuvieron lugar con ocasión de la publicación y éxito popular de *El Quijote*, pero que en Francia va a ir mucho más allá del mero intercambio de insultos personales con que en España se resuelven habitualmente las querrelas literarias. Del recelo ante el éxito de *Le Cid* se pasaría pronto a la polémica con motivo de que Corneille, sin duda, dolido por la actitud renuente de los detentadores de la legitimidad literaria, hiciese público —editase por su cuenta— un escrito en el que defendía las virtudes literarias de su obra y argumentaba desde estrictas posiciones literarias las razones de su éxito: «Y mis versos en cualquier lugar son mis únicos defensores/ Por su sola belleza mi pluma es estimada/ A nadie más que a mí debo mi renombre», recordando que *Le Cid* había satisfecho tanto al pueblo como a los cortesanos y que en definitiva todos habían sido libres de aplaudirla o rechazarla y que ese aplauso general legitimaba su mérito. Es precisamente este lado de su argumentación el que va a ser duramente cuestionado por sus detractores para los que el aplauso del pueblo no puede ser señal de mérito, sino de todo lo contrario.

El escritor Scudery, la punta de lanza de los recelosos, acusa a la pieza de estar llena de «efectos especiales», de inverosimilitud manifiesta, exageración en las pasiones, de halagar las emociones fáciles, de plagiar a los españoles y explica que «hay ciertas piezas... que de lejos parecen estrellas pero que estudiadas con atención no son más que gusaneras. Por eso no me extraña mucho que el pueblo que enjuicia con los ojos se deje llevar por este sentido que es el más tramposo de todos». No deja de ser curioso que los más extremistas de los adversarios de Corneille reclamen la intervención de la Real Academia como portavoz de «los valores reales», lo que nada tiene de estrambótico si advertimos que lo que realmente se está poniendo en cuestión son las fuentes de la legitimación, políticas en último término (a Corneille se le denuncia porque en aras del aplauso del pueblo pretende convertirse en César, en tirano) aunque literarias en primera instancia. Por eso, los «antiguos» hablan frente al pueblo como algo proteico e informe, de «el público» como agrupación de los que ocupan una posición pública en la jerarquía social: académicos, «gentes de condición», tratando de integrar en esa esfera pública a «las honestas gentes», es decir, a las que cooperan satisfachas con el establishment de la Monarquía absoluta. Esas honestas gentes que acabarán por reproducirse en lo que hoy llamamos «clases medias».

Que el teatro del Barroco supuso algo semejante a un primer medio de comunicación de masas y que su estrategia retórica anuncia la retórica de la moderna publicidad, ya ha sido comentado con acierto por el profesor Maravall. Lo que la querrela aporta es el conflicto entre las razones privadas del autor y el necesario control público de los discursos públicos. No olvidemos que la excusa para «meterse» con Corneille no es tanto su obra como el atrevimiento de haber publicado/editado su argumentación. Esa es la «osadía democrática» que la República de las Letras no le puede perdonar, pues está poniendo en solfa el control de ese espacio público y cultural que la edición construye.

#### El separatismo estético: la autodeterminación del lector

Lamento que el objetivo concreto hacia el que pretendo encaminar estas reflexiones me impida

detenerme, a salvo de fatigar, en lo que la estética neoclásica supone de retroceso político frente a «la democratización» que la actitud de Corneille pudiera conllevar. Más conveniente me parece ahora recordar que en el marco político europeo caracterizado por los absolutismos, el movimiento ilustrado, enfrentado a la invasión totalitaria de los poderes absolutos, va a generar una aduana ideológica que posibilitará a la incipiente burguesía ilustrada acotar un territorio exento a los poderes de la política y la religión: la estética, entendiendo por tal, aquella cualidad que se va a reconocer u otorgar a una serie de «mercancías» encaminadas a que sus consumidores «sientan mejor». Un territorio, el de los sentimientos, que precisamente por su privacidad impide la invasión de aquellos poderes. Se crea así, vía separatismo estético, una especie de nueva nación, integrada, pero autónoma, dentro de cada nación, nacional pero universal, en la que pronto el arte, los artistas y la ciudadanía «sensible» se reconocen como hermanos hasta formar una patria estética en la que el movimiento romántico arraigará y se desplegará profundamente. Un territorio ocupado por los elementos más ilustrados y dinámicos de la naciente burguesía donde superviven elementos aristocráticos y de elite (la esfera pública de Hobswann) que construyen una sociedad civil de la cultura en la que el individualismo económico se refuerza con la propiedad privada de los sentimientos estéticos y, por supuesto, con el acaparamiento de la tradición humanista en cuanto fuente de legitimidad. Una situación que el triunfo y fracaso (pues la intervención napoleónica supone un pacto con los poderes del pasado: la gran propiedad, la iglesia) de la Revolución francesa confirma y acrecienta.

#### La edición moderna: al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios

Con el triunfo de la burguesía se produce una situación paradójica: en su larga lucha contra los absolutismos y los poderes de la Iglesia, había acotado, como hemos visto, un territorio estético cultural en el que la política y las ideologías tenían deslegitimada su intervención por lo que, una vez que la ideología burguesa

directamente relacionada con el liberalismo económico logra la hegemonía, se halla deslegitimada para intervenir con su lenguaje económico en ese campo. Se inicia así una situación de esquizofrenia que durante mucho tiempo se resuelve procediendo a una doble acotación de los terrenos: uno ligado a las culturas/no culturas del entretenimiento y otro, relacionado con la cultura como tabú sacralizado: bellas artes, cultura de elites. En el primer terreno emerge una potente industria cultural: folletines, novelas populares, subgéneros, narraciones extraordinarias, literaturas familiares, que no oculta la regla de su juego: el beneficio económico y el precio como lugar de encuentro entre el producto y el consumidor. En el segundo, una cultura que se produce, circula y consume en sociedad con actividades económicas que «no se mueven con estricto afán de lucro»: conciertos, óperas, edición de alta literatura, universidades, exposiciones, etcétera. Al César lo que es del César (los beneficios) y a Dios lo que es de Dios (la emoción estética), aceptando así la dualidad cristiana: alma y cuerpo, dinero y arte.

Es esta convivencia esquizofrénica la que crea los problemas detectados por Bourdieu en relación con las luchas en el campo literario: lo sagrado contra lo profano, el arte contra el comercio, el arte puro contra el arte mercenario.

En este contexto nace la edición moderna. Por un lado, un sistema editorial encauzado hacia el beneficio que trabaja con subproductos populares y que se va integrando gradualmente en lo que el paso del tiempo va a configurar como industria del ocio y entretenimiento, y por otro, un sistema editorial que busca sus beneficios «honestos» en un terreno de minorías nada inmensas, pero con una capacidad enorme para producir valores e imaginarios colectivos en los que el *slogan* humanista «ser mejores» se funde con la propuesta del individualismo: «sentirse mejores». Paso también de modo apresurado sobre lo que el movimiento socialista, la Revolución de Octubre y las vanguardias artísticas supusieron para la legitimidad de este paradigma (en realidad una disputa sobre el concepto de ser mejores, es decir, sobre la definición del bien público) y de un salto, espero

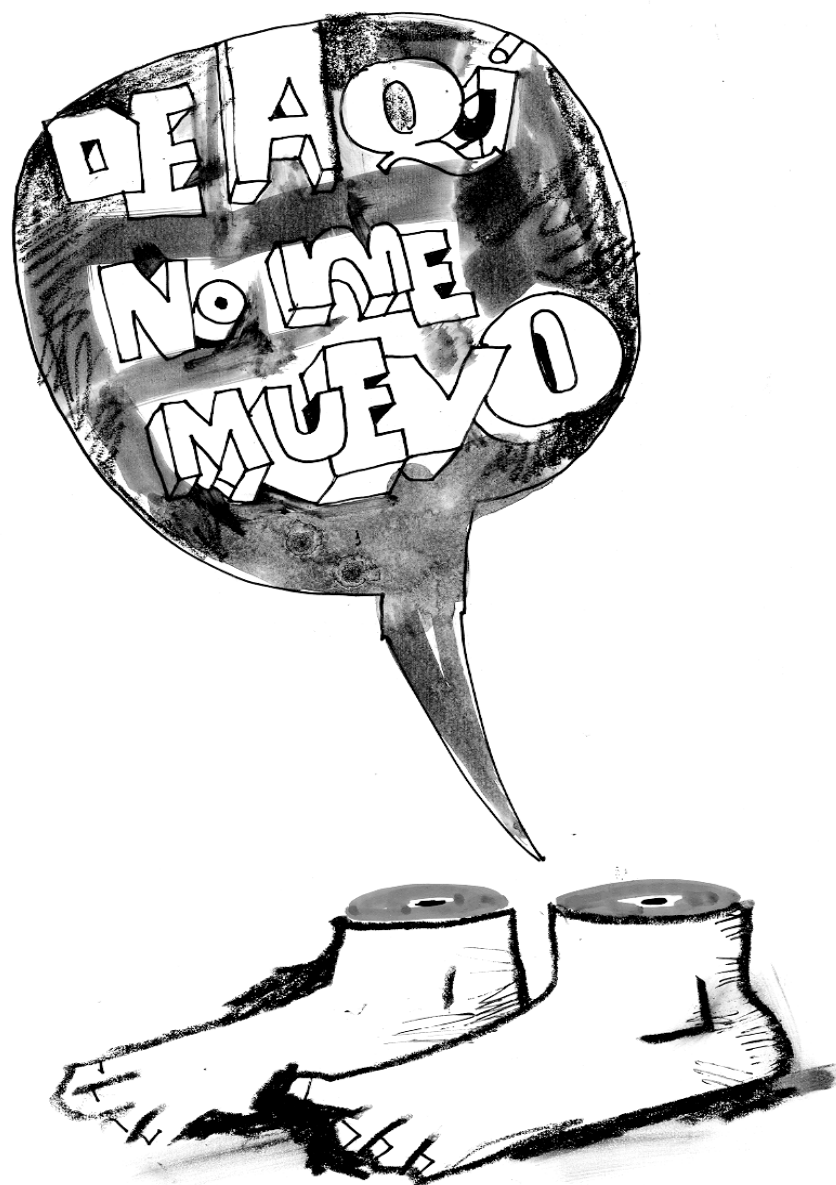
que admisible, me sitúo en el presente: ¿Qué está pasando?

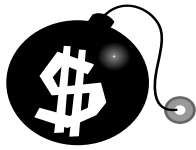
El desarrollo propio del capitalismo y por tanto la expansión creciente de una lógica de mercado en la que los valores vienen determinados por el juego de oferta y demanda, ha producido una laicización, si no de las almas (que para eso son almas) sí de las conductas. Como ya advirtiera Marx, el propio desarrollo del capital se ha llevado por delante múltiples altares y verdades inamovibles. Las sociedades desarrolladas actuales se muestran cada vez más materialistas (solo creen en lo que tienen) aunque cada vez tienen más fe en el sistema que facilita el consumo. El crecimiento económico ha dado lugar a una sociedad en la que el consumo aparece casi como único mediador entre la vida y el sentido de la vida. Este crecimiento ha puesto en peligro —en realidad lo ha roto— el pacto implícito de no agresión que había venido construyéndose, tal y como hemos entrevisto, entre el capital y la cultura. Ruptura unilateral por parte del capital puesto que la cultura ha mantenido sus serviles compromisos fundamentales con aquel: legitimación del sistema, producción de un sentido de la existencia compatible con el sistema y basado en la visión humanista de los individuos en tanto propietarios de su propio destino, creación de zonas de trascendencia (el arte, la excelencia), producción de ideologías y argumentos contra las ideologías y argumentos que pusieron en cuestión su legitimidad y obsequio de la legitimidad añadida que supone que la cultura se haya presentado como «correctora crítica de los excesos» que pudiera generar el sistema. A cambio, el sistema parecía haberle garantizado «consideración», donarle «capital simbólico», crédito y credibilidad, y emolumentos. Y de momento parece estarle retirando todas esas compensaciones menos una: los emolumentos. ¿Por qué esta ruptura que tantas lamentaciones ha puesto en marcha?

Creo que no es ajena a la contestación de esa pregunta la desaparición de la escena histórica (caída del muro) de la alternativa socialista entendiendo por tal aquella que cuestiona la raíz del sistema: la propiedad de los medios de producción. Sin enemigo a la vista, el sistema se siente lo suficientemente fuerte para no necesitar más legitimidad que la que él mismo genera y vertebrada. Al tiempo, su propia lógica de expansión le lleva a uniformar todos los mercados posibles, a saltar todas las aduanas y a imponer a los estados las regulaciones que beneficien a su lógica dominante: todo es susceptible de comercio, todo es para ser comercio. Desde esta perspectiva el asalto a los reductos de la cultura no es ni lamentable ni condenable: es inevitable. La industria cultural invade el campo de la cultura que se había hecho la *illuso* de estar viviendo otra vida, y de la integración resultante, se desprende un nuevo sistema de actividades: la industria del entretenimiento y el ocio. Esa es la nueva ubicación en la que la edición habrá de encontrar su razón de ser (de ser rentable, me refiero, pues fuera de la rentabilidad no habrá existencia posible). Una invasión que no se ha producido de golpe, sino a través de un lento proceso de abordaje en el que el cine, por cuanto participó desde sus inicios de la doble condición de ser industria del espectáculo y de ser cultura (el séptimo arte), ha desempeñado un papel de puente y enlace de singular relevancia. ■

Fragmento de la conferencia ofrecida durante la XIII Feria del Libro de La Habana, 5-15 de febrero de 2004.

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n146\\_02/146\\_10.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n146_02/146_10.html)





¿Qué es eso de mercado de las ideas, mercado de competencia perfecta, oligopolio, monopolio...?

No debe extrañarnos. Una civilización en la cual el credo oficial que se postula es la omnipotencia del mercado, las ideas deben también ser reducidas a mercado. No lo estoy inventando, hace tiempo publiqué un libro, *El imperio contracultural derroca a la posmodernidad*, —van a hacer una nueva edición aquí—, en el cual hablo finalmente de todo eso que ha sido llamado posmoderno, con su enorme 2 de noviembre, Día de los difuntos, en que se murió la historia, orad por ella, y se murió la ética, orad por ella, se murió la religión, orad por ella, se murió la filosofía, oremos por ella, pero lo único que no se ha muerto es el mercado. ¿Cómo es eso? Eso es bien extraño. Pero no solo no se ha muerto, sino que intenta matar todo lo demás.

No exagero. Fredric Jameson habla, por ejemplo, de la posmodernidad en la ideología del capitalismo financiero en sus últimas etapas de concentración, y Jean François Lyotard, dice que solo será válido en la nueva etapa del pensamiento el lenguaje que sea traducible a computadora, porque solo así podrá ser mercadeado. Lyotard como que no vio esas maquinillas que hace horóscopos, con la buena suerte, con el maquillaje cotidiano. No, en la computadora entra basura y sale una cosa innominable.

Entonces yo quiero traer una reflexión sobre esta especie de estatuto, que es la proclamación oficial.

Una extraordinaria película de Tim Robin llamada *Abajo el telón* —en la que hizo de actor, director y escritor—, no sé cómo la habrán traducido, es un maravilloso filme sobre el teatro federal de los EE.UU., donde Orson Welles se encontró con un pelotón de soldados que le impedía ir a dirigir una obra, y un mural de Diego Rivera fue destruido en el Rockefeller Center, por el mismo que se lo había encargado porque aparecía allí una figura de Lenin. Después de tantas agitaciones, la pobre Frida Kahlo trata de bajar una escalera mecánica del Rockefeller Center, que va subiendo —posiblemente allí quedó coja—, mientras hay un baile rococó.

Están Rockefeller, un obispo y un industrial que les está vendiendo acero a los alemanes y a los italianos para que se puedan armar mejor en nombre del libre comercio —estamos hablando de 1938—, y dice: «este mexicano fastidioso me ha puesto en un aprieto, qué hacemos». El arzobispo responde, «bueno, el que compra el arte tiene el derecho de determinar cómo es».

Es algo así como un desenmascaramiento de la expresión plástica oficial del imperialismo, ¡Cáspita! Les recomiendo la película porque dice centenares de cosas de mejor forma de lo que cualquiera pudiera decir. ¿Pero es esto nuevo, esta especie de insolencia, de quien compra, intenta determinar la configuración de la obra estética? No, resulta que a lo largo de la humanidad quien paga, efectivamente, determina.

El faraón tenía una obsesión piramidal y los artistas tenían que hacerlo todo piramidal, y después, yo no sé por qué —había mucho calor en la Hélade, supongo y todo el mundo andaba medio desnudo—, Fidias y esa gente, ponían unos tipos muy bellos, no había una sola barriga, no había una sola vórice, era algo maravilloso lo de sus estatuas.

A nosotros nos parecerá hoy una especie de orgía nudista, pero no, eso era nada menos que el panteón olímpico, estatuas religiosas —ellos entendían la religión de una forma mucho más divertida, además, para colmo, las pintaban y les ponían piedritas brillantes en los ojos—, era una antigüedad política y muy bella.

Y durante el medioevo no había identidad del artista. Hay con la época moderna algo así como el despertar de la individualidad, algo así como la rebelión del artista. Y vamos a señalar paralelos. Mientras los artistas se están rebelando y dicen, yo hago lo que me da la gana, y Da Vinci dice: «yo voy a descuartizar cadáveres, porque la virgen se tiene que pintar de una forma anatómicamente correcta —incluida la virginidad—», al mismo tiempo, Martín Lutero y otra serie de facciosos, barren Europa y en virtud de que la Biblia se puede vender y llevar a la casa, pues cada quien puede ser su propio sacerdote.

Está también el caso de una de las revoluciones copernicanas en el campo de la cultura, pero antes quiero decir lo siguiente, pues tengo una grave sospecha hace tiempo: lo que pasa en el campo de la filosofía pasa en el campo de la política, pasa en el campo de la estética, pasa en el campo de la vida cotidiana. Desde luego, esos son pensamientos cercanos a la esquizofrenia, pero no he encontrado una refutación importante a ello, lo cual los hace todavía más sospechosos. ¿Qué sucede? Bueno, está esa rebelión del hombre moderno y la del artista romántico. Beethoven no se peina, no saluda a los nobles cuando se los cruza. Si hemos de creer en la película, Mozart hace gran cantidad de travesuras en las cortes, le dice imbécil al archiduque, etcétera. Se pone fastidioso el artista con esa cosa de que es él el que tiene que determinar el

Luis Britto  
Venezuela

# Los crímenes del mercado



Ilustración: J.D.

contenido de la obra de arte y eso va extendiéndose hasta que llega el momento de darle un «cocotazo» al muchacho y ese cocotazo se le da en el siglo pasado, a través de las industrias culturales.

Repentinamente resulta que tenemos un artista que puede hacer grandes latas de sopa Campbell y de Coca Cola. ¡Qué maravilla, jamás se ha visto tanta libertad! Pero resulta que hay millares y millares de artistas anónimos dibujándole el rabo al ratón Miguelito, de acuerdo con un esquema, diseñando las latas originales y todo.

Como en el arte del medioevo, son anónimos, no tienen derecho a ser reconocidos, igual a todo lo que constituye la estética de las cuñas, del video y la industria cultural.

Actualmente las dos industrias culturales más importantes de los EE.UU. son el armamentismo y la industria del entretenimiento: De cada tres películas que se exhiben en Europa, dos son estadounidenses; en Latinoamérica de cada tres películas que se exhiben, ¡pues seis son estadounidenses!

Hay una difracción, una libertad extraordinaria y resulta que el grueso de la producción cultural está dada por unos señores que son trabajadores esclavos.

Les paso otro dato, porque yo soy muy mal intencionado. Los escritores no le importamos demasiado a nadie —y salvo aquí en Cuba que gozamos de esa dicha—, podemos hacer cualquier disparate que se nos ocurra.

En EE.UU. presentan un libro a una editorial, ese libro es traspasado a un señor que se llama editor. Él no va a editarlo, va a reescribir el libro. Hubo pocos autores que se resistieron a eso y casi que huyeron después de batallas terribles, como Hemingway, porque, quién se atreve a cortarle una cosa a Ernest Hemingway. Creo que Lisandro Otero intentó quitarle un adjetivo, y de ahí la célebre gresca que tuvo con él; y hubo otro, pero el resto es la norma. Vean ustedes el verdadero estado.

No nos hagamos ilusiones. En esta época, la producción cultural está regimentada por los mercados, con unos intelectuales y creadores que van a marcar tarjeta. Todos reciben un estipendio, a veces reciben un bono, a veces no reciben nada, etcétera, y les es expropiada, así como al trabajador, al obrero les es expropiada la plusvalía, también les es expropiada la plusvalía intelectual.

Mientras tanto, se habla de una supuesta libertad. El rockero fulanito se echó no sé cuántas inyecciones de tal cosa, y se desnudó en público. ¡Qué maravilla, qué libres somos!

Ahora, qué sucede. De repente, el mercado le ha entrado a una serie de formas monstruosas, que son, desde luego, lo *light*. Ahora, las cosas no pueden ser complicadas, tienen que ser *light*. Los géneros de reposición, la novela rosa, la nostalgia, los pastiches son las obras que tienen éxito.

Tiene éxito supuestamente *Moby Dick*, entonces se saca *Tiburón*, no será un mamífero cetáceo, pero de todas maneras da taquilla.

En fin, obras maestras castradas, todas vacías de calorías culturales y que van produciéndose abundantemente.

Está además la autoayuda. ¿Qué implica la autoayuda?: la sustitución de la función del intelectual. El intelectual para qué ayudaba, bueno pues, decía: «yo tengo una fórmula para salir de esto: Proletarios de todos los países, uníos», pero ahora se dice: «Compra las pirámides rosadas y ponte en vibración con las flores de Bach», y resuelto el problema.

La desesperanza del habitante contemporáneo tiene que ver con eso.

¿Cómo podemos salir de esto?

Vuelvo a mi misma idea. Yo creo que un intelectual puede perfectamente y debe ajustarse a las ideas de su tiempo, a las novedosas. Actualmente, después del enfoque «azarístico», predomina la tentativa en la ciencia, y lo hermoso es intentar una cosa, como la unificación de los lenguajes. Y la idea es intentar comprender todo el plano cultural con afinidades orgánicas.

Toda gran obra maestra se ha hecho sobre una comprensión de las corrientes. Emile Zolá puso el realismo en función de las ideas del positivismo, mientras James Joyce aplicó el monólogo interior.

Aprendamos lo que está sucediendo en el panorama científico, si no estaremos escribiendo obras de hace 10 ó 12 siglos e intentemos lanzar la nueva síntesis, porque el monstruo es complejo. Tiene que ver con lo ecológico, lo político, lo social, lo económico, lo estético, lo étnico, las individualidades, las identidades, etcétera; tenemos que aprender de este caos e intentar darles líneas ordenadoras y sobre eso extender nuestra palabra. ▀

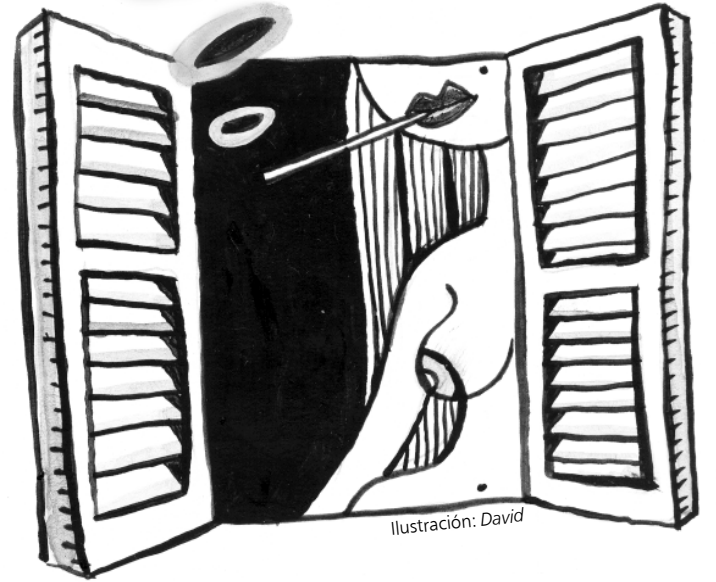
Intervención en la mesa redonda «El intelectual y el mercado de las ideas», celebrada durante la XIII Feria Internacional del Libro de La Habana, del 5 al 15 de febrero de 2004.

[http://www.lajribilla.cu/2004/n146\\_02/146\\_11.html](http://www.lajribilla.cu/2004/n146_02/146_11.html)



# PERSIGUEN A "GOLONDRINAS" EN MIAMI

Rui Ferreira  
El Nuevo Herald



Las prostitutas migran hacia el calor de Miami

**C**omo las golondrinas, cuando el frío aprieta, las prostitutas buscan las cálidas temperaturas del sur para ejercer su antiquísima «profesión». Llegan al área metropolitana de Miami de todas partes. Chicago, Detroit, Cincinnati, Nueva York, Milwaukee, hasta el punto de que la policía de la ciudad no da a basto con las quejas de los vecinos.

«Cuando las arrestamos, ellas nos dicen de dónde vienen, que no son de aquí. Es un círculo vicioso, los proxenetas las llevan de ciudad en ciudad. Cuando hay frío allá arriba vienen para acá y se regresan cuando las temperaturas mejoran», señala el teniente de la policía de Miami, René Landa, quien recientemente coordinó una larga operación de represión a la prostitución y sus consumidores en el área de Flagami, al oeste de la Calle Ocho del SW.

Cerca de las 2:00 a.m. de la semana pasada, súbitamente, en la esquina de la Calle Ocho y la avenida 50, se detiene un Buick negro de donde salen tres mujeres cuyo aspecto no deja márgenes a dudas.

«Esas no son nuestras», se escucha por la radio la voz del sargento Julio Pino. Las «otras», las dos policías encubiertas estaban cerca y por lo pronto comienza una discusión sobre el «terreno» donde deben trabajar.

El detalle, por momentos, no es de interés para los casi 20 policías que tienen los ojos puestos en la intersección. A quienes ellos quieren atrapar son a los dos ocupantes que quedaron en el auto, el cual ya ha doblado a la izquierda y tomado la Calle Ocho en dirección al este.

Se inicia la persecución. Los carros encubiertos de repente se vuelven flamantes patrulleros con luces rojas y azules y potentes motores

que a esa hora de la madrugada rápidamente detienen al Buick. Cuando el detective Mario Rodríguez se baja de su automóvil, las dudas se disipan al momento.

La ropa, las fuertes cadenas de oro en el cuello y las muñecas y unos \$2 000 en el bolsillo de uno de ellos, identifican a dos hombres de raza negra como los proxenetas de las tres mujeres que dejaron atrás. Por un tecnicismo no serán arrestados, pero están ya identificados por la policía, y como dice Rodríguez, «aquí lo importante es que los conocemos. Si no es hoy es mañana, pero ya los atraparemos».

La pareja es de un estado del norte del país, como parecen ser las tres mujeres que depositaron en la esquina de la Calle Ocho y la avenida 50. Ellas ya están «haciendo la calle» en la avenida 48, cuando Rodríguez y un reportero se les aproximan.

«¡Policía de Miami! No se muevan. ¿Qué hacen aquí?», pregunta el agente. Una cuarta mujer, que mientras tanto surgió manejando otro automóvil, le contesta que está preguntando una dirección a las otras dos. «¿Alguna vez ha sido arrestada?», le pregunta. «Una sola, hace unos años», le responde. «¿Por qué?». «Prostitución». «¿Entonces por qué me dices que estás ayudándolas?, no insultes mi inteligencia», devolvió el agente, preparándose para el arresto.

Pero es interrumpido por una llamada de emergencia. Atrás, en la esquina de la avenida 50, una camioneta sospechosa ronda a dos mujeres policías que vestidas provocadoramente tratan de atraer a los hombres, y pudieran estar en peligro. «Tienen suerte hoy, no las quiero ver más por aquí», grita Rodríguez, haciendo chirriar los neumáticos en el asfalto.

Esa noche, explica Landa, la policía de Miami ha desencadenado una operación contra la prostitución

dividida en dos frentes. Por un lado, se trata de atrapar a mujeres ejerciendo la prostitución; por otro a los clientes.

«Hemos recibido muchas quejas, cada vez más, y lanzamos esta operación para mandar un mensaje muy fuerte: que estas actividades no serán toleradas y no queremos ver a esta gente aquí. Si no se van por las buenas, los sacamos por las malas», añade Landa.

En la madrugada del viernes pasado, el comisionado de Miami, Tomás Regalado, asistió a parte de la operación. «Estamos dando tanta importancia a esto, que la ciudad a través de mi oficina ha dispuesto de \$10 000 para pagar horas extra a los policías. Estas familias se están quejando mucho; la alteración del orden es tan evidente que es mejor cortar el mal por la raíz», dijo Regalado.

La operación, llamada «Mapa de Carretera», abarca un amplio cuadrado entre la Calle 1 del SW al norte, la Calle Ocho al sur, la avenida 37 al oeste y Tamiami Canal Drive al este.

En una semana, reveló Landa, arrestaron a 56 personas: 12 mujeres acusadas de prostitución; 27 hombres que serán llevados a los tribunales por solicitar la prostitución y otros 17 individuos que, aunque atrapados mientras buscaban los servicios de una prostituta, se les encontró droga, y como el castigo es más severo, fueron encausados por portar estupefacientes.

«Lo bueno de estas operaciones es que nos permite atrapar gente por otras razones. Drogas, licencias suspendidas, fugados de cárceles o del cumplimiento de condiciones de libertad bajo palabra», cuenta «Vainilla

Francesa», nombre asumido por una de las policías encubiertas en el desarrollo de esta nueva misión.

Vainilla y su colega «Canela» llevan más de 20 minutos bajo el asedio de un hombre dentro de una camioneta azul con un maletero gris, cuando Rodríguez está a punto de arrestar a las tres mujeres en la Calle 48 y recibe la llamada urgente.

El temor, explicaría más tarde uno de los policías, es que las mujeres pudieran ser amenazadas y sus vidas verse en peligro. Desde que el individuo las abordó por primera vez, a los policías les dio mala espina. Pero no pudieron actuar, porque él no violó la ley. No les hizo ninguna propuesta que compensara una relación sexual.

Media hora después no se resistió a los encantos de «Canela» y «Vainilla Francesa». Las dos comenzaron a dar brincos de alegría, la señal acordada para que los agentes se abalanzaran sobre el hombre.

Y comprobaron que la sensación de mala espina se adquiere con la experiencia. El individuo tenía un cuchillo en su poder.

«Esta gente secuestra o mata a las prostitutas porque piensan que a nadie les importa», dijo el detective. ▀

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n146\\_02/elgranzoo.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n146_02/elgranzoo.html)



## Alejandro Sanz

El pasado 15 de febrero, en la prensa comercial, el cantante español afirmó que «le desagradaba el presidente venezolano Hugo Chávez, y que dejaría de cantar si se lo piden tres millones de personas con firmas», en alusión a las rúbricas que dice tener recolectadas la oposición para lograr un referendo revocatorio del mandato de nuestro Presidente, electo por millones de venezolanos.

«A mí, si me dieran tres millones de firmas para que dejara de cantar, dejaría de cantar», confesó el artista, aunque aclaró que a Venezuela «no vengo a hacer revolución, he venido a cantar y ya está».

Múltiples organizaciones venezolanas han respondido al cantante español con la creación de la denominada *Alianza por un mundo sin Alejandro Sanz* y, tomándole la palabra, han iniciado una campaña para que deje de cantar, tal y como el propio artista ha sugerido que haría si se lo piden.

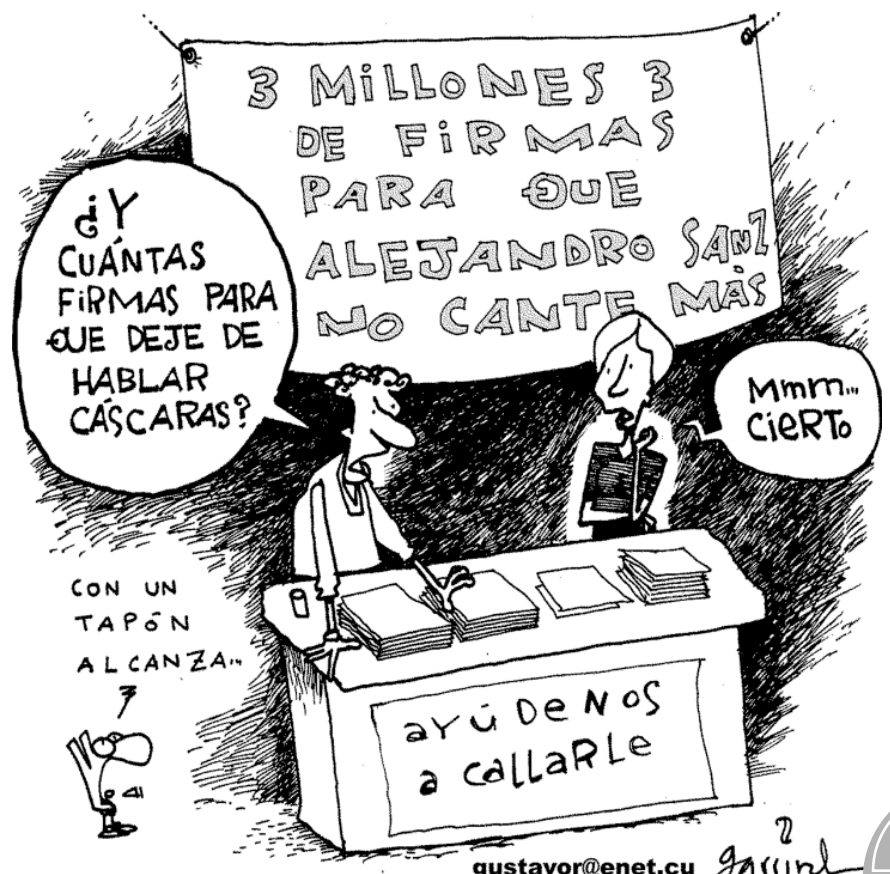
La campaña está en:

<http://www.petitiononline.com/nomasale/petition.html>

N del E:

Se quedó con el corazón partido.

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n146\\_02/pueblomocho.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n146_02/pueblomocho.html)



gustavor@enet.cu garcine

**T**he Herald ha dado tantas razones para esta decisión como la administración Bush tiene para la guerra de Iraq —y con igual credibilidad. En ambos casos, las razones verdaderas son transparentemente ideológicas. Mi habilidad como escritor y analista nunca ha sido cuestionada y ciertamente no por los editores de *El Herald*. Mi trabajo ha aparecido en *Newsday*, *Salon*, *San Jose Mercury News*, *Sun-Sentinel*, *New York Times* (edición electrónica), *Tallahassee Democrat* y muchas otras publicaciones de EE.UU. y América Latina. En los últimos cinco años fui coautor de un libro acerca del poder y los inmigrantes en Miami, edité un segundo libro acerca de la migración internacional y publiqué numerosos ensayos y artículos científicos. Mis opiniones han sido citadas ampliamente en la prensa de EE.UU. y la internacional, y he realizado comentarios en *CNN*, *Nightline*, *Frontline*, el *Show de Larry King*, la *Radio Pública Nacional* (NPR) y otros medios.

Bajo cualquier otra circunstancia, un periódico promovería y vendería a un escritor con este historial. Pero los vientos ideológicos soplaban fuertemente en la otra dirección. Durante los cinco años que mis columnas aparecieron en el periódico, me convertí en una voz cada vez más solitaria en la medida que *El Herald* se desplazaba decididamente a la derecha en relación con Cuba y otros temas.

El hecho de que *El Herald* sustituya mi columna con otra por Carlos Alberto Montaner (traducida) refleja hasta dónde está dispuesto a llegar *El Herald* para proyectar una voz editorial monolítica respecto a Cuba y Latinoamérica. También desmiente la explicación que los editores han dado a los lectores que han presentado sus quejas por la terminación de mi columna, o sea, que el periódico quiere voces más frescas y menos predecibles ideológicamente. ¿Es esto lo que quieren decir con frescas y nuevas? Durante más de tres décadas Carlos Alberto Montaner ha estado tocando los mismos temas hasta la náusea: ataques virulentos y muy personales contra Fidel Castro; críticas estridentes a líderes, partidos y movimientos en Latinoamérica que se inclinan aunque sea ligeramente a la izquierda; un compromiso ideológico con la versión más ortodoxa del capitalismo de *laissez-faire* y una total ausencia de preocupación por las consecuencias sociales o por las personas que las sufren; y la tesis de que todas

# Miami: una ciudad al borde

las desgracias de Latinoamérica se derivan de los deficientes valores culturales de su pueblo y ninguno es a consecuencia de la explotación extranjera, y especialmente no por la hegemonía de EE.UU.

¿Les suena familiar? Es lógico. Carlos Alberto Montaner es, esencialmente, Andrés Oppenheimer en *speed*. Sus opiniones y obsesiones son casi idénticas, aunque expresadas en tono diferente. Ellos se especializan en vigilar y reprobado severamente, como signos de inmaduro antinorteamericanismo o populismo demagogo, cualquier indicio de independencia o insubordinación latinoamericana frente a los dictados de EE.UU. o de la ortodoxia del «libre mercado». Unidos por su enfoque repetitivo y excesivo de Cuba, casi hasta excluir cualquier otra preocupación por otros graves problemas sociales y de derechos humanos en el hemisferio, las opiniones del dúo Montaner/Oppenheimer son totalmente coherentes con la propia inclinación ideológica de *El Herald*. Con respecto a Cuba y Latinoamérica habla ahora con una sola voz.

En contraste, mis opiniones acerca del bloqueo, la solución de los problemas de Latinoamérica y muchos otros temas diferían. Durante la controversia acerca de Elián, mi posición en defensa de los derechos del padre y de las acciones del Departamento de Justicia de EE.UU. al sacar al niño de la casa de los parientes de Miami chocó constantemente con los editoriales de la publicación. Después que le dije a Daniel Schorr, de *NPR*, que la posición editorial acerca de Elián estaba totalmente alejada de la opinión pública de EE.UU., el editor en jefe de *El Herald*, Alberto Ibarquén, telefoneó en un transparente intento por intimidarme. Poco después redujo la frecuencia de mis columnas de semanal a quincenal.

Finalmente mi independencia, mi negativa a modelar mis opiniones para complacer el súbito giro a la derecha del periódico o a ser silenciado en temas como Iraq o la guerra de clases de arriba hacia abajo de la Administración, fue demasiado para *The Miami Herald*. A fines del año pasado, inmediatamente después de presentar mi columna en que se contrastaba el brillante éxito de relaciones públicas del viaje a Bagdad del presidente Bush en el Día de Acción de Gracias, con las tristes realidades de la guerra en sí, me informaron que mis siguientes dos columnas serían las últimas.

Pero eso no fue el final. Como prueba adicional de que *The Miami Herald*, un firme defensor de la libertad de prensa en

perennes tensiones intergrupales de la ciudad y su papel primordial en la gran ola de inmigración hacia EE.UU. que comenzó en los años 60.

Una década más tarde, las mismas tensiones que Portes y Stepick analizaron están presentes aquí, aunque más sutiles y con una configuración de participantes algo diferente. Los inmigrantes siguen viniendo en gran número, aunque ahora es más probable que sean colombianos o venezolanos, en vez de centroamericanos. Pero Miami es una ciudad al borde de una manera nueva: su posición en relación con el actual debate acerca de la política de EE.UU. hacia Cuba. Porque mientras el apoyo a una política de línea dura ha disminuido en el público, en el Congreso, en los últimos años, la competencia de ideas en Miami —y específicamente en las principales instituciones a través de las cuales se generan, se debaten y se diseminan ideas— ha ido marchando en dirección opuesta.

Se puede medir la fuerza de una opinión nacional en contra de una política de línea dura por el hecho de que ambas cámaras del Congreso aprobaron recientemente una legislación que hubiera terminado eficazmente con la prohibición de viajar a Cuba, uno de los componentes principales del bloqueo. Más importante aún, la medida fue aprobada en un Congreso controlado por los republicanos, a pesar de la fiera oposición de un Presidente republicano y de las recientes enérgicas medidas cubanas. Esa opinión se está generalizando en todo el país. Incluso en este estado, donde es más alto el apoyo a una política de línea dura, la última encuesta en la Florida demostró una aplastante mayoría a favor de la libertad de viajar a Cuba. Las encuestas en Miami han mostrado que una gran mayoría de afroamericanos y de blancos no hispanos y una minoría creciente y significativa de cubano-americanos se oponen al bloqueo.

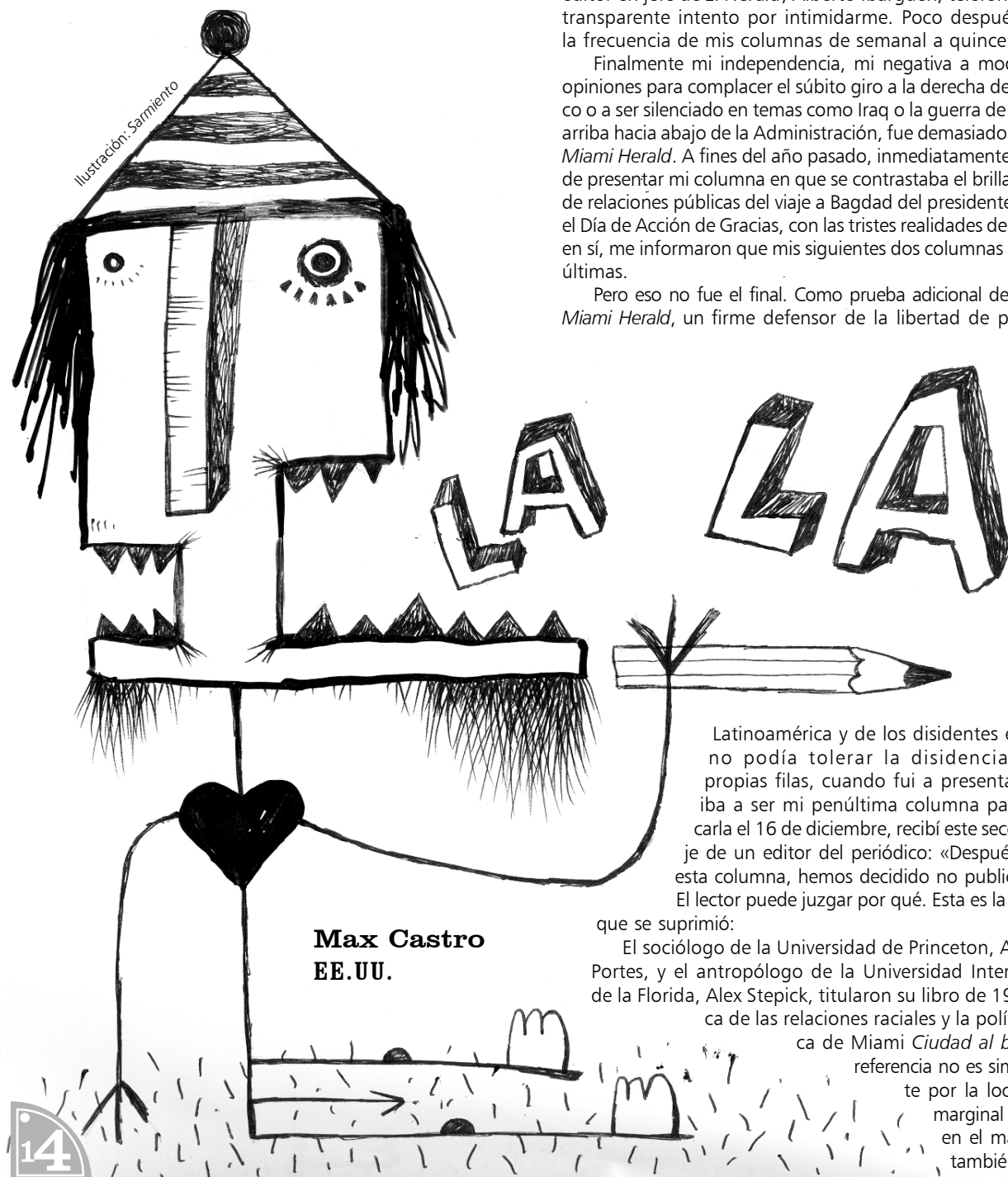
La tendencia en las instituciones que producen y comunican conocimiento e ideas está en agudo contraste. Hace solo unos pocos años había un programa de estudios cubanos reconocido internacionalmente, el Instituto de Investigaciones Cubanas (CRI), de la Universidad Internacional de la Florida, el centro fundamental para estudios cubanos del país. Lisandro O. Pérez, su fundador y director, ha sido durante dos décadas uno de los principales académicos en el área de estudios cubanos. Pérez cultivó cuidadosamente las relaciones con estudiosos e instituciones académicas de Cuba. Aunque se mantuvo en gran medida al margen de las discusiones políticas, a veces sus ideas o acciones chocaron con las perspectivas de línea dura. Su reciente salida (no por iniciativa propia) de la dirección del CRI pone en peligro esas frágiles relaciones y significa que una voz a favor de la razón y el diálogo será oída con menos frecuencia en relación con los temas cubanos.

Mientras tanto, el Instituto para Estudios Cubanos y Cubano-americanos de la Universidad de Miami, un centro de pensamiento de línea dura, que por principio se niega a cualquier contacto con instituciones en Cuba, ha recibido un generoso financiamiento del gobierno federal para que idee maneras que aceleren la transición en la Isla e imagine qué debe suceder después. El título de uno de sus paneles recientes, *La transición en estados delincuentes: Iraq, Palestina y Cuba*, sugiere la línea de pensamiento que prevalece.

Finalmente *El Herald*, otra institución clave en este debate, en años recientes ha incrementado dramáticamente la frecuencia y virulencia de sus editoriales en contra de Fidel Castro y su gobierno, y ha disminuido sus críticas anteriores a aspectos de la política norteamericana. La eliminación para fines de año de esta columna (no por iniciativa mía), en la que han aparecido frecuentes críticas a las actitudes y políticas de línea dura, fortalecerán esta tendencia, y esta ciudad se acercará más a un discurso acerca de Cuba en contra del pensamiento de la mayoría de esta nación. ▀

Nota del autor: A principios de diciembre del 2003, *The Miami Herald* me informó que eliminaría mi columna al finalizar el año.

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n146\\_02/146\\_14.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n146_02/146_14.html)



**Max Castro  
EE.UU.**

Latinoamérica y de los disidentes en Cuba, no podía tolerar la disidencia en sus propias filas, cuando fui a presentar la que iba a ser mi penúltima columna para publicarla el 16 de diciembre, recibí este seco mensaje de un editor del periódico: «Después de leer esta columna, hemos decidido no publicarla».

El lector puede juzgar por qué. Esta es la columna que se suprimió:

El sociólogo de la Universidad de Princeton, Alejandro Portes, y el antropólogo de la Universidad Internacional de la Florida, Alex Stepick, titularon su libro de 1993 acerca de las relaciones raciales y la política étnica de Miami *Ciudad al borde*. La

referencia no es simplemente por la localización marginal de Miami en el mapa, sino también por las

**B**

n el otoño de 1923 Bernhard Reich, director del Teatro de Cámara de Munich, donde se habría de representar *La vida de Eduardo II de Inglaterra*,

de Bertolt Brecht, trazaba este breve retrato del entonces joven dramaturgo de 25 años de edad: «Brecht era entonces de figura delgada. La conformación de la cabeza expresaba una tensión dinámica. Ojos hundidos, amenazadores. ¿Un poeta? Más bien un pensador, un inventor o un manipulador de almas y destinos. Los encuentros con él se llenaban inmediatamente de dramatismo. Hablaba con mucha calma, pero hacía afirmaciones sencillas y expresaba estas afirmaciones de formas paradójicas, de modos absolutamente categóricos. No respondía a las objeciones, las eliminaba bruscamente. Daba a entender a sus interlocutores que él, Brecht, consideraba desesperada cualquier resistencia que se le opusiera, y aconsejaba amigablemente que no perdieran el tiempo y capitularan. ¿Era una actitud dictada por la astucia, por la pose, por una infantil arrogancia, o bien tenía un derecho interior a asumirla?».

Sobre la compleja, por no decir enrevesada, personalidad de Brecht abunda el crítico italiano Paolo Chiarini, estudioso de su obra:

«El tono de la perpetua provocación, la actitud cínica e iconoclasta, el espíritu de contradicción continuamente al acecho y pronto a manifestarse de los modos más diversos (los subrayados son nuestros, J.S.) parecen verdaderamente —llegados a este punto— no ya un 'disfraz', una 'máscara' de hondura del Brecht hombre y poeta.»

Quizás las primeras y más intensas contradicciones del joven Bertolt Brecht se revelaron frente a su familia y a su status social. Así lo confiesa en el siguiente poema:

«Yo crecí hijo de gente acomodada. Mis padres me pusieron cuello duro y me educaron en las costumbres de quien es servido y me instruyeron en el arte de dar órdenes. Pero cuando fui mayor y miré a mi alrededor no me gustó la gente de mi clase, ni dar órdenes ni ser servido. Y dejé mi clase y me junté con la gente de la clase baja.»

Para algunos críticos, Brecht no ha creído jamás en el marxismo por fe, por un ímpetu de entusiasmo. Lo tildan de experto y desconfiado artesano que comprendió que en el marxismo había encontrado un instrumento capaz de penetrar muy a fondo, más a fondo que cualquier otro, en la trama del mundo moderno, en las relaciones humanas, en la sustancia de nuestra civilización.

¿Acaso tendrá razón uno de esos críticos al afirmar que siempre se mantuvo atado al arte burgués, al mundo burgués, incluso cuando se hizo más virulenta su condena de ambos? O califica de «frío heroísmo» su obra, cuyo despiadado análisis crítico estaba dirigido, por lo menos indirectamente, contra sí mismo, contra sus propios gustos, contra el mundo de su propia formación intelectual y sentimental.

Poco antes de morir, escribió, irónico, que por lo menos había sabido conservar intacta una cualidad de su carácter a lo largo de los años y del madurar de sus experiencias humanas e ideológicas: el espíritu de contradicción.

Ese espíritu le dio la clave de su interpretación del mundo burgués contemporáneo: la paradoja.

Se ha dicho que su arte refleja una relación de fricción con el mundo, está ligado polémicamente con el mundo.

El último Brecht insistía en la posibilidad de un teatro inmerso en la realidad contemporánea, solo como representación de un mundo «transformable». De ahí se desprende de su teoría de la moderna dramaturgia como

«dramaturgia de la comedia», en el sentido de que solo en ella se darían «soluciones», en tanto que la tragedia conduciría a un callejón sin salida.

Para Brecht, «la vitalidad amarga y desconsolada» del drama, está en la verdad humana de una naturaleza que no puede ser enteramente buena o enteramente mala, sino que —la actual *condición humana*— es buena y mala al mismo tiempo.

Como dice Shen-Te en *La buena alma de Sezuán*, en su diálogo con el aviador desocupado que desespera y piensa suicidarse y ella cree haber descubierto en él una chispa de bondad, de amabilidad:

«A pesar de tanta miseria, siempre hay personas amables. Una vez, cuando yo era pequeña, me caí llevando un paquete de arroz. Un viejo me levantó y me dio también un poco de queso. Con frecuencia me acuerdo de ello. Los que tienen poco que comer, suelen ser los que más a gusto reparten con

**Poco antes de morir, escribió, irónico, que por lo menos había sabido conservar intacta una cualidad de su carácter a lo largo de los años y del madurar de sus experiencias humanas e ideológicas: el espíritu de contradicción.**

los demás. Se comprende que la gente se siente contenta de mostrar lo que puede hacer; ¿y cómo pueden mostrarlo mejor que siendo amables? La maldad no es más que una especie de torpeza. Cuando se canta para alguien o se construye una máquina o se planta arroz, es ya como una especie de amabilidad. También usted es amable.»

¿Hasta qué punto *Galileo Galilei* vino a ser algo así como un esbozo, un adelanto de su testamento intelectual? Porque el infarto que le arrebató la existencia en 1956 se produce en los días de febrero en que estaba ensayando el montaje de esa pieza fundamental en el conjunto de su obra. Como la califica un estudioso, fue quizás su página más atormentada y compleja. Sin duda, se trataba de un héroe «antitrágico» o mejor aún, de un antihéroe. El Galileo de Brecht: un hombre vacilante, con dudas, humanizado. La raíz de su comportamiento seguramente se hallaría en su consagración a la ciencia, los que se suman a un sentimiento pagano de la existencia. Como dice en una de sus réplicas ese Galileo tan parecido a Bertolt Brecht en los modos de ver el mundo:

«Amo las consolaciones de la carne, y no puedo sufrir a los bellacos que las llaman debilidades (...) Yo afirmo que el goce de las cosas tiene en sí algo de perfecto.»

Y del Galileo de Brecht dirá el personaje que encarna al Papa en la obra y que casi lo retratará con la frase:

«Ante un vino viejo, como ante un pensamiento nuevo, no sabe decir que no.»

Me atrevo a afirmar que, en el sentido más íntimo y más profundo de esa visión hedonista y de pleno goce de la existencia, hay tanto más del propio Bertolt Brecht que del viejo Galileo. ▀

Palabras en el Coloquio *Presencia de Bertolt Brecht en Cuba*, celebrado durante la XIII Feria Internacional del Libro de la Habana, del 5 al 15 de febrero de 2004

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n145\\_02/145\\_04.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n145_02/145_04.html)

**un**

**personaje llamado**

**Bertolt Brecht**

**Jaime Sarusky  
Cuba**



El último Brecht insistía en la posibilidad de un teatro inmerso en la realidad contemporánea, solo como representación de un mundo «transformable».

Ilustración: Idania

# KERRY



# OBUSHA

**J**ohn Kerry, el casi seguro candidato demócrata a la presidencia, ganaría según encuestas las próximas elecciones del 2 de noviembre a George W. Bush, si se celebraran en este momento. Los sondeos dan a Kerry como favorito en temas como educación, salud, empleo y economía, y seguridad social. Más de la mitad de los estadounidenses opina ahora que el Presidente mintió o manipuló sobre la real amenaza que representaba Iraq. Sin embargo, preguntados sobre su liderazgo en la «guerra contra el terrorismo» y la seguridad del país aún son más los que lo aprueban que los que lo censuran. A la vez, goza de un apoyo «más firme» entre sus simpatizantes que Kerry.

La alta popularidad alcanzada por Bush después del atentado terrorista del 11 de septiembre se basó en la sensación de agravio y desprotección sin precedentes experimentada entonces por los estadounidenses, convenientemente magnificada y manipulada por una abrumadora maquinaria mediática. Aprovechando ese estado de ánimo fueron impuestos de inmediato la llamada ley patriótica y un clima de represión neomacarthista contra los discrepantes. El fomento del terror devino norma mediante las dudosas alertas de diferentes colores y se apeló a la mentira para lanzar un ciclo sin fin de aventuras coloniales, iniciado con las agresiones a Afganistán e Iraq. La operación se remató cultivando la imagen de Bush como la de un «Presidente de guerra», como él mismo se autodefine. En esa tónica se montaron escenografías como el aterrizaje en el portaaviones Roosevelt, disfrazado de piloto de combate, y la del pavo plástico en la fugaz visita a Iraq, que lograron conservarle hasta hace poco una adhesión mayoritaria. El problema para mantener esa imagen triunfalista virtual es que contrasta con el saldo de un gobierno obsesionado por privilegiar a los más ricos, que no crea puestos de trabajo y acumula cerca de 3 millones de desempleados, que ha deteriorado de manera insólita los servicios de educación, salud y seguridad social, mientras eleva de forma inédita el presupuesto de guerra. Añádase el descrédito por la conducta inmoral e irresponsable en la ya muy costosa aventura iraquí.

De allí que las primarias demócratas hayan servido de válvula de escape al descontento contenido, objetivado en el apoyo a Kerry porque era el favorecido por la maquinaria de su partido. Pero no hay aún razones para pensar que Bush será fácilmente desalojado de la poltrona. Los demócratas deberán sortear de aquí a noviembre escollos como los golpes bajos a su candidato y otros trucos a los que seguramente apelarán los bushistas, cuyo objetivo es quedarse a perpetuidad en la Casa Blanca. No debería descartarse que intenten fabricar un incidente similar al del 11 de septiembre, pero parece más probable el recurso a un conflicto bélico que les permita reforzar la sicología de país en guerra y unir a la ciudadanía en torno a la presidencia. Este está gestándose ya con las agresivas medidas injerencistas y provocadoras declaraciones contra Cuba de personeros de la actual Administración, que sería ingenuo reducir a mera retórica electoral.

John Kerry es un hombre raigal del sistema, de origen, de una acaudalada familia patricia como Bush, depositario también al parecer de jugosos fondos electorales de las corporaciones en su larga ejecutoria como senador. Cuenta con el respaldo de importantes segmentos del establishment que han sido marginados de los negocios y del poder o temen que la actual política empeore la grave crisis del imperialismo del norte. Su aceptación popular podría continuar subiendo en la medida en que siga siendo visto como el que puede derrotar a Bush. Su eventual victoria no augura ningún cambio sustancial en las estructuras económicas y sociales, pero sí implicaría el fin de la hegemonía de la pandilla bushista y tal vez de la concepción nazi que prevalece en la política exterior de Washington.

Quienquiera que se alce con la presidencia de EE.UU. en noviembre de 2004 deberá enfrentar problemas estructurales que amenazan a corto plazo su supervivencia misma como superpotencia. La economía especulativa alimentada por el saqueo neoliberal del Tercer Mundo provoca una rebeldía ascendente y no parece ya financieramente viable. De ello dan cuenta la debilidad del dólar, el desempleo, los desmesurados déficit presupuestario y comercial y un endeudamiento externo récord. Menuda tarea. ▀


Tomado de *Rebellión*

[http://www.lajiribilla.cu/2004/n146\\_02/laopinion.html](http://www.lajiribilla.cu/2004/n146_02/laopinion.html)

**Ángel Guerra Cabrera**  
México



**Jefe de Redacción:**  
Nirma Acosta  
**Diseño:**  
Eduardo Sarmiento  
Darien Sánchez  
**Ilustraciones:**  
Camaleón

  
**Realización:**  
Isel Barroso  
**Webmasters:**  
René Hernández  
Janios Menéndez  
**Corrección:**  
Odalys Borrell  
Grechel Calzadilla

**Consejo de Redacción:**  
Manuel H. Lagarde  
Julio C. Guancho  
Rogelio Riverón  
Bladimir Zamora  
Omar Valiño  
Joel del Río  
Daniel García  
Ernesto Sierra  
Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo  
O'Reilly #14 esq. Tacón, La Habana Vieja.  
☎ 862 8091 ✉ [jiribilla@cubarte.cult.cu](mailto:jiribilla@cubarte.cult.cu) Precio: \$1.00  
[www.lajiribilla.cubaweb.cu](http://www.lajiribilla.cubaweb.cu) [www.lajiribilla.cu](http://www.lajiribilla.cu)  
Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma

